

EL RUEDO

SEMANARIO
GRAFICO
DE LOS TOROS

Núm. 974 — 21 febrero 1963 • Dirección y Redacción: Serrano, 21, 3.º dcha. - Tel. 276 84 89 • Precio: 8 pesetas

ni + ni -

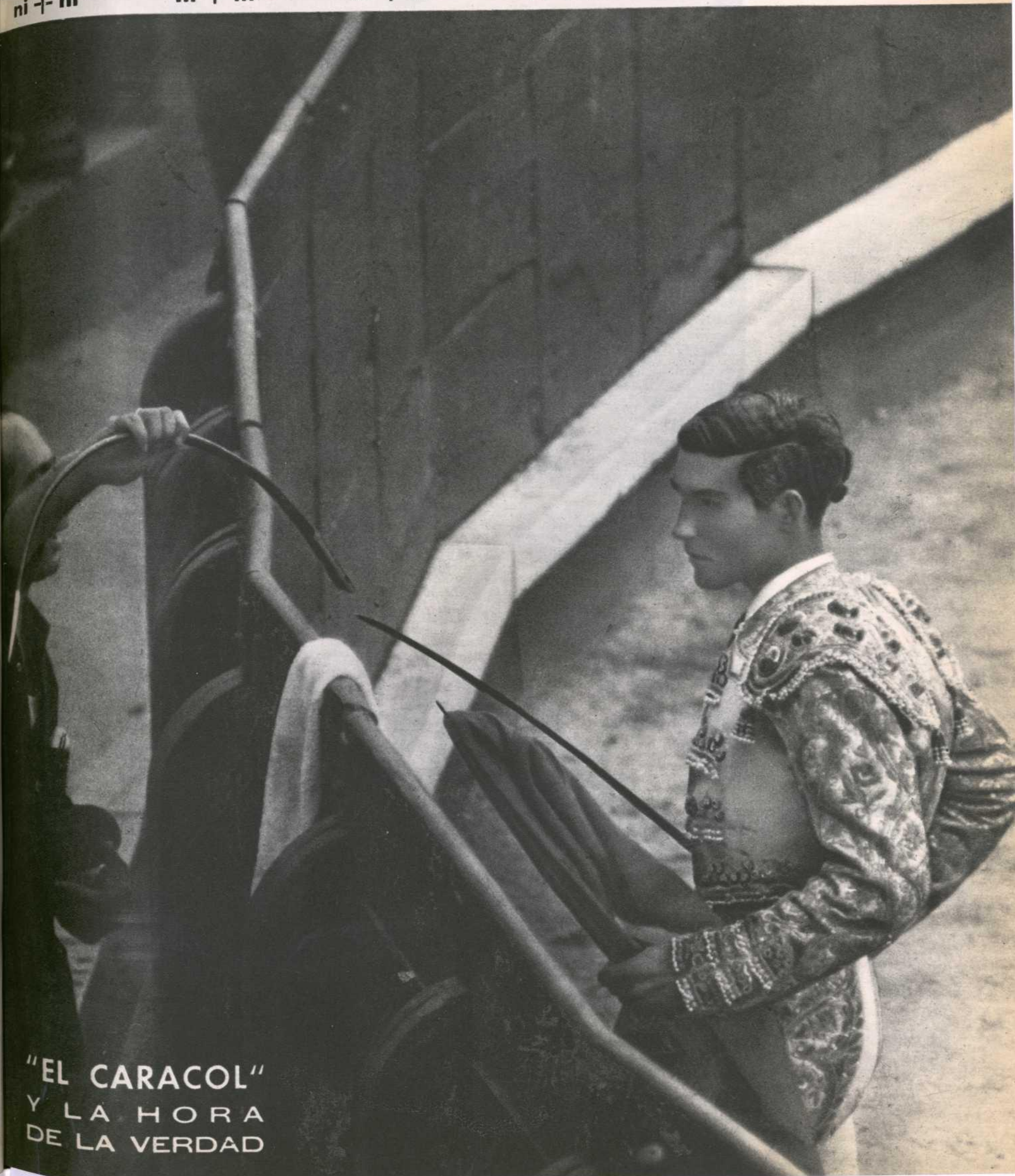
ni + ni -

ni + ni -

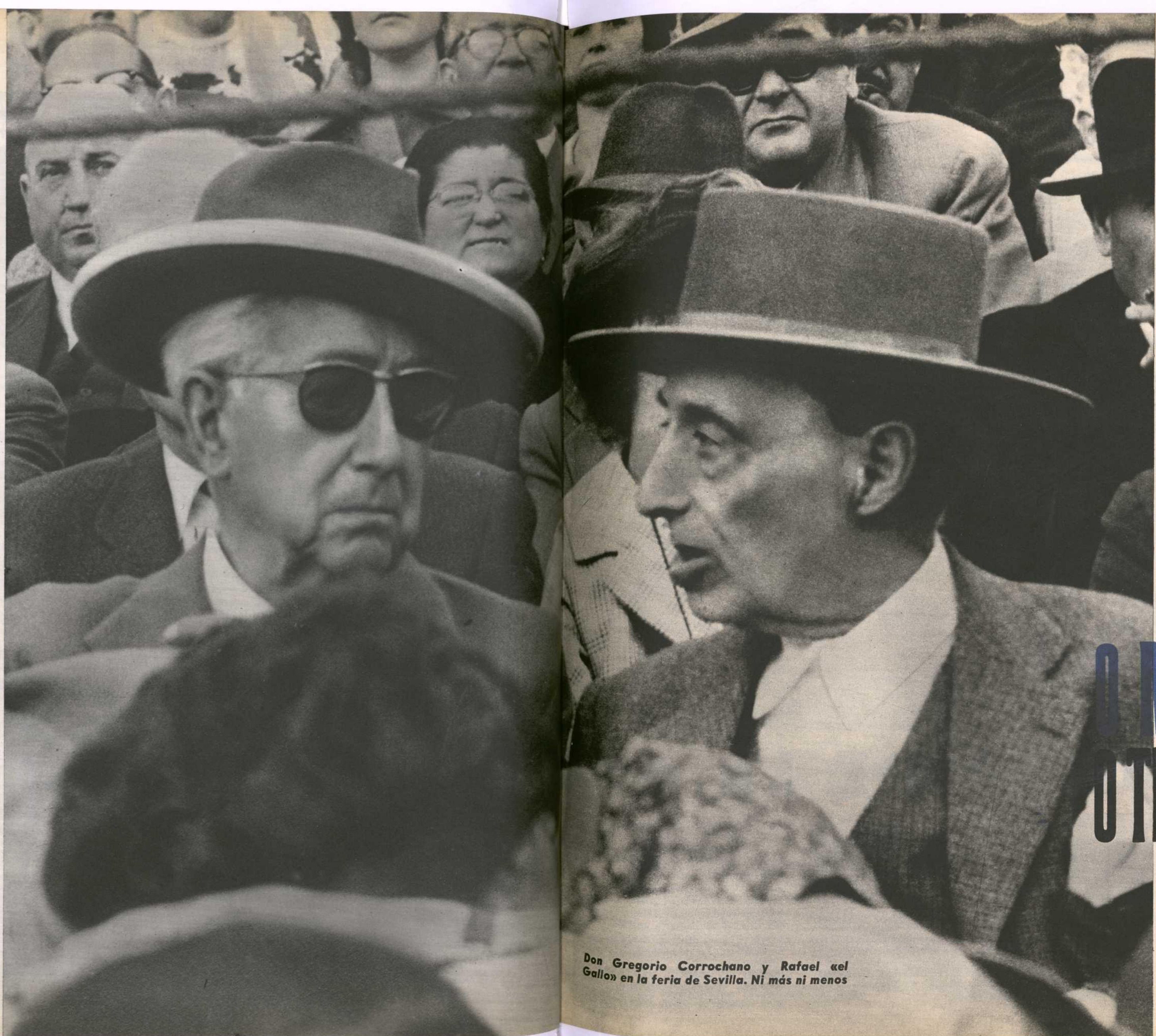
ni + ni -

ni + ni -

ni + ni -



"EL CARACOL"
Y LA HORA
DE LA VERDAD



Don Gregorio Corrochano y Rafael «el Gallo» en la feria de Sevilla. Ni más ni menos

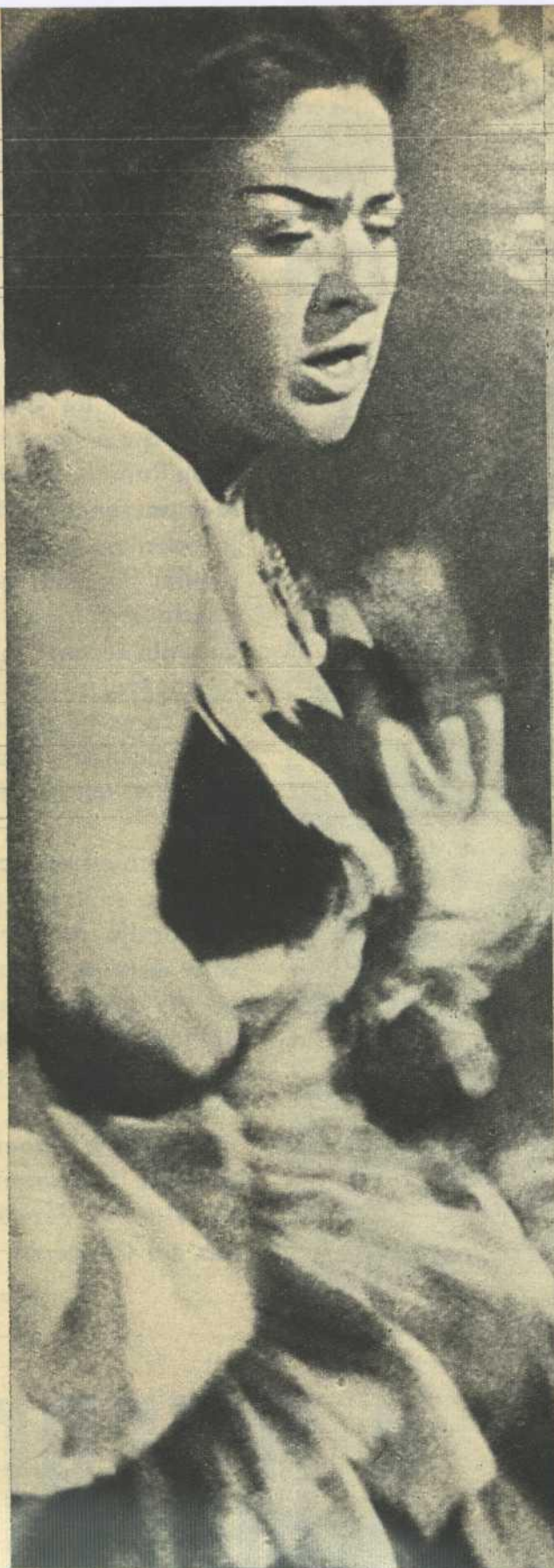
E S un sábado oscuro y gris de 1960, ya declinante. Una cola de braceros, después de la jornada, forma ante la mesa del amo. Están pagando. La tarde dobla sobre el «infinito campo de Castilla», que cantara Juan Ramón. Y entre la impaciencia de los jornaleros, la parsimonia de uno que queda rezagado. Cuando le entregan la cuenta, exclama: —Yo no he venido aquí a ganar un jornal. Yo quiero torear.

El amo en este caso —no se trata de un cortijo de toros bravos, y eso explica las pretensiones del joven— se llama Gregorio Corrochano.

De esta manera empieza la carrera de Vicente Fernández «el Caracol».

O MUERO O TRIUNFO

—Don Gregorio, yo no he venido a ganar un jornal. Yo... yo... yo..., quie... qui... qui... quiero torear.



LA HORA DE LA VERDAD



«El Caracol» es hijo de un gitano de las dinastías calés de Totana, dedicado al trato, que malvivía, porque aquello no era vivir, a caballo entre dos pueblecitos de Murcia —Almoraví y Benahusa— que ahora se disputan, en abierta polémica, la cuna de este torero trágico, que ya hizo su primera verónica al destino, naciendo en un sitio y bautizándose en otro.

Antes del encuentro con don Gregorio Corrochano, que algo debió leer y vislumbrar en la resolución del aquel muchacho que quería liberar sus brazos del duro trabajo de la tierra, «Caracol» se había tirado al ruedo en 1959, sí, en un toro de Luis Miguel en Alicante y la «organizó».

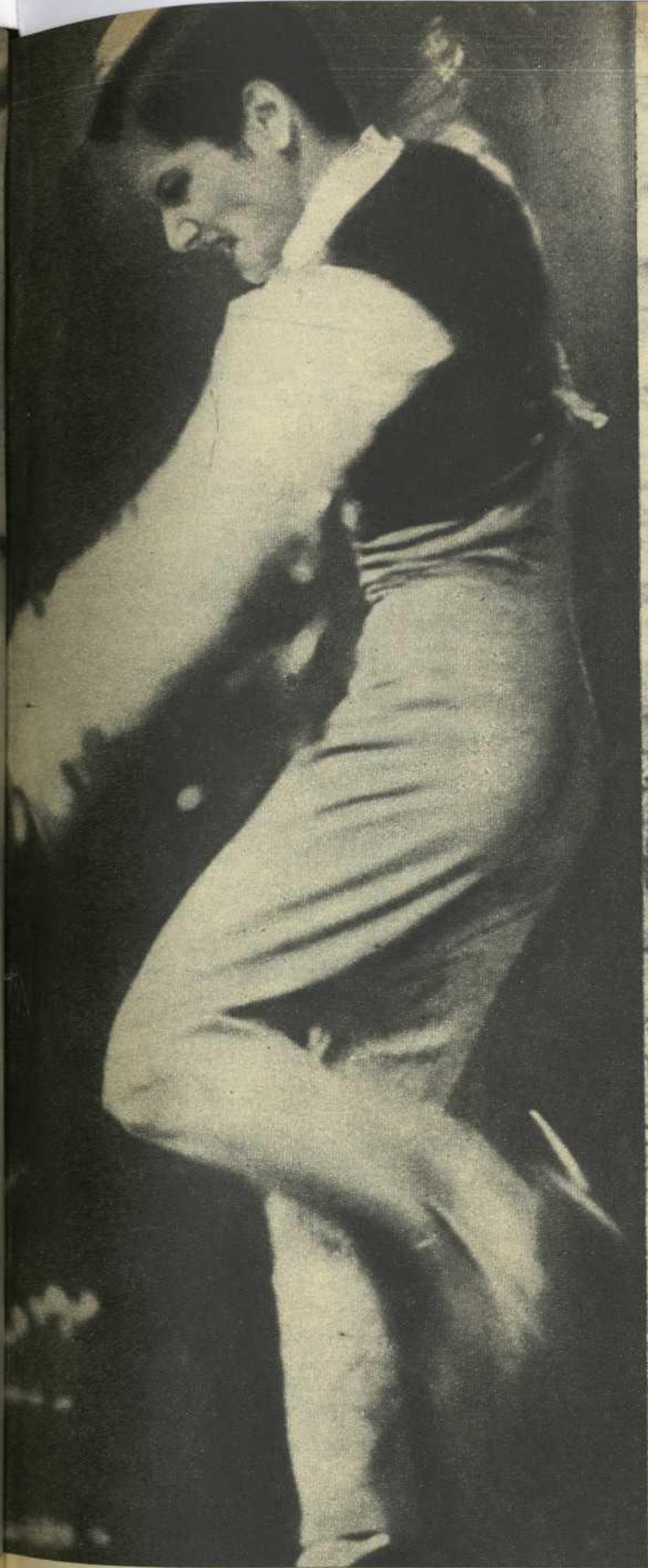
Los que despectivamente viéndole torear de salón —y ¡vaya salón!— en una pobre choza,

bajo la interperie de Almoraví, le llamaban «Caracol», sublevando a la madre.

—Yo haré, madre, que un día me digan «Caracol», en serio, como una gloria...

Nos figuramos cuánto tardaría en decirlo, por lo que «El Caracol» es tartamudo», como dice la Historia que lo fue aquel griego testarudo que con fuerza de voluntad acabó siendo un gran orador. «El Caracol» no porfía en este campo, aunque ya se le ve como a Belmonte, el esfuerzo por dominar el defecto. Tal vez un día acabe siendo como Juan el extraordinario conversador, maestro de la charla. Por ahora «Caracol» golpea, con coraje y rabia, para dominar su destino, contra el muro sangriento y terrible de la Fiesta.

¿QU
COR
De
Orte
—Pe
Algo
de la
dent
cuad
Allí,
raba
ro ar
ra or
Valen



IDAD Y «EL CARACOL»

¿QUE LE VIO DON GREGORIO
CORROCHANO?

Don Gregorio le llevó a una finca de Domingo Ortega. ¿Cómo estuvo?

—No, no, no, no... es... estuve bien.

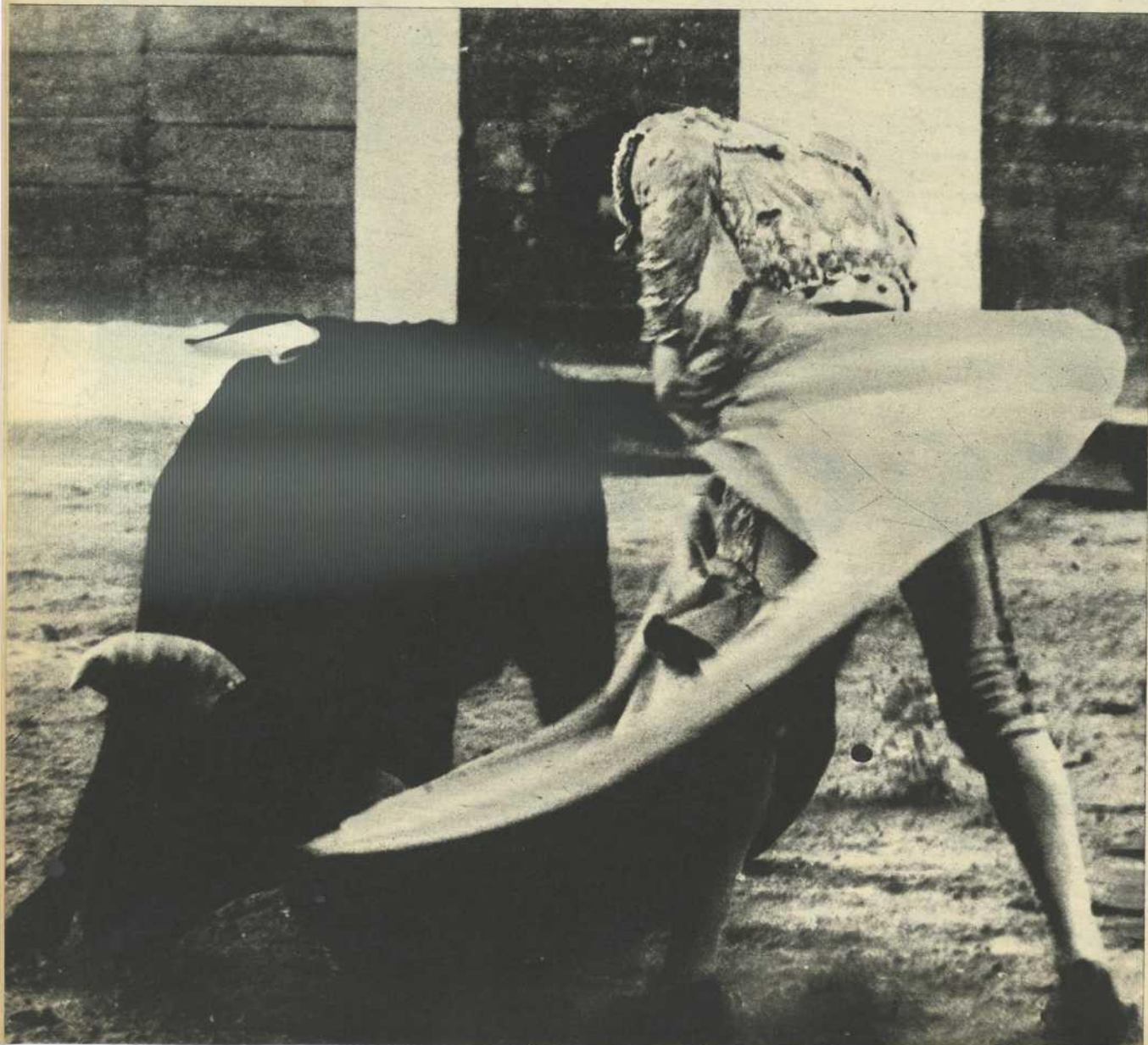
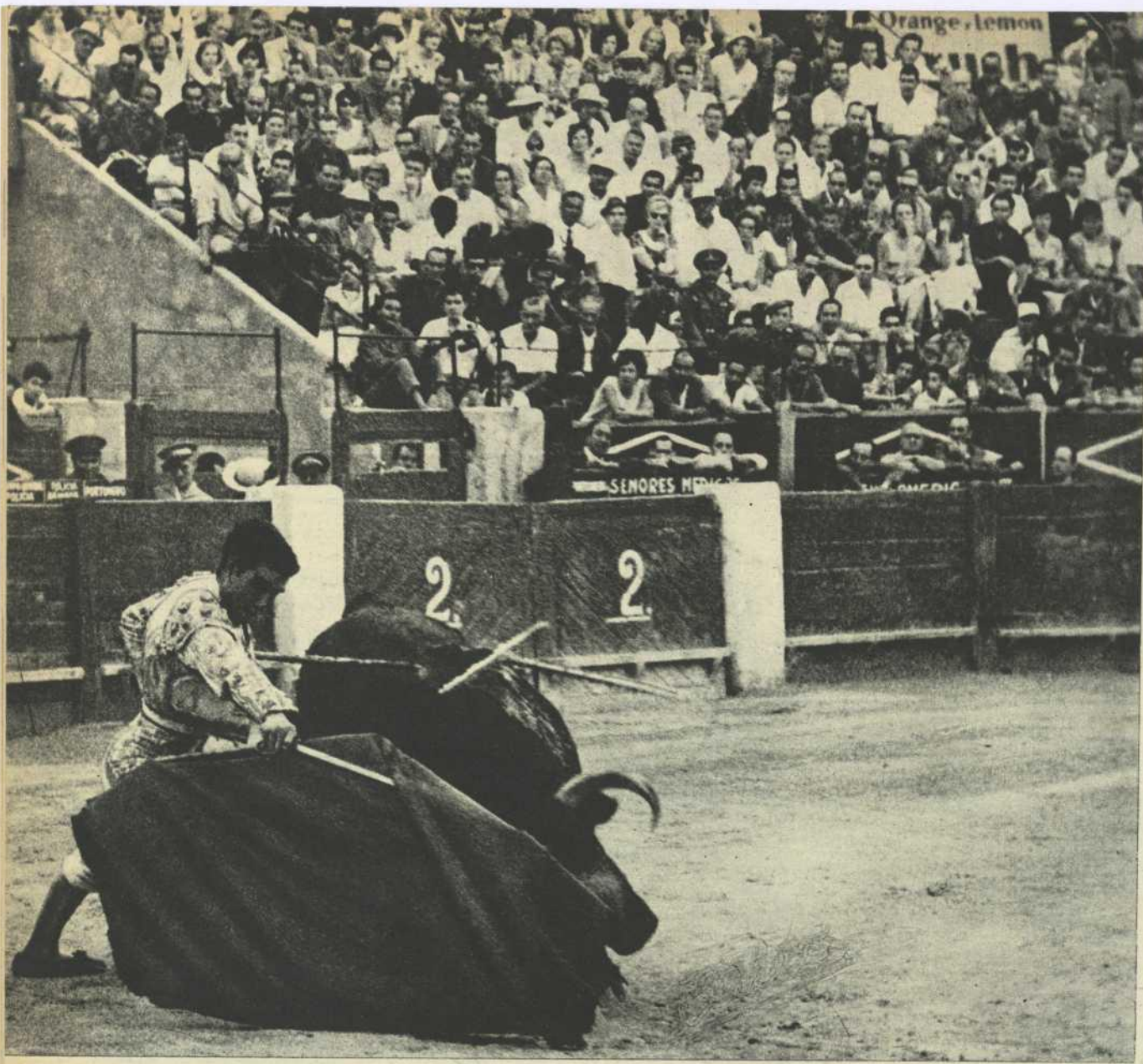
Pero tenía buenos catadores que sabían ver. Algo, que no se aclaraba, que tenía la condición de las revelaciones largas y misteriosas, llevaba dentro. Y pronto oyó la música del desfile de cuadrilla en la madrileña Plaza de Vista Alegre. Allí, después de varias tardes de lucha, le esperaba la primera cornada. Un toro de Saltillo. Pero antes de la cornada había recibido la primera oreja. En el mismo mes —julio de 1961—, en Valencia, la segunda cornada. El día 23; la pri-



mera fue el 1. Dos cornadas en veintitrés días. Esto fue su primera temporada.

La de 1962. En marzo, con la arena todavía fresca, en Barcelona, un toro le perfora la piera con una herida de veinticinco centímetros. En aquel momento «Caracol» no tiene firmada más que otra novillada, precisamente para el domingo siguiente, en Málaga.

Una semana era demasiado poco para sanar. El jueves es llevado al Sanatorio de Toreros de Madrid. Jiménez Guinea ordena que se le encame. Y se está desvistiendo cuando su apoderado —Alfredo Corrochano—, que ha calado en la fibra abnegada del muchacho, le pregunta: ¿Pero tú quieres ser torero?





«El Caracol» resolvió heroicamente. Se volvió a vestir. Pasara lo que pasara iría a Málaga. Hizo el paseo con fiebre y cojeando. Pero se llevó una oreja. Y con ella en la mano oía al doctor levantar la voz en la enfermería:

—¿Quién ha permitido que usted toree?

«El Caracol» temblando más tartamudo que nunca:

—Yo..., yo..., yo.

UNA OREJA Y EL RUBICON

Aquella oreja, aquella fiebre y aquella decisión fueron el Rubicón. «El Caracol» se abrió paso. Zaragoza, Sevilla, Valencia... y Madrid. En la primera Plaza de España le esperaba la cuarta cornada. Pero al ingresar en el Sanatorio, «Caracol» debía doscientas mil pesetas y al termi-

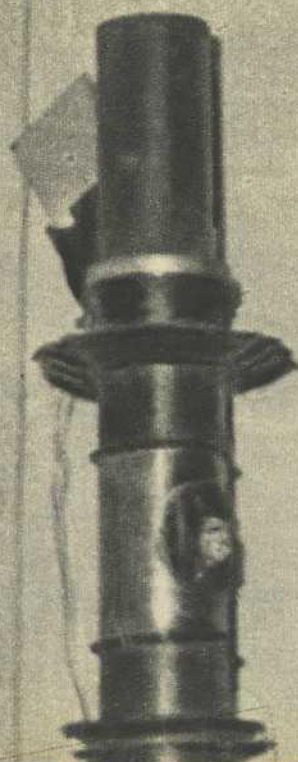
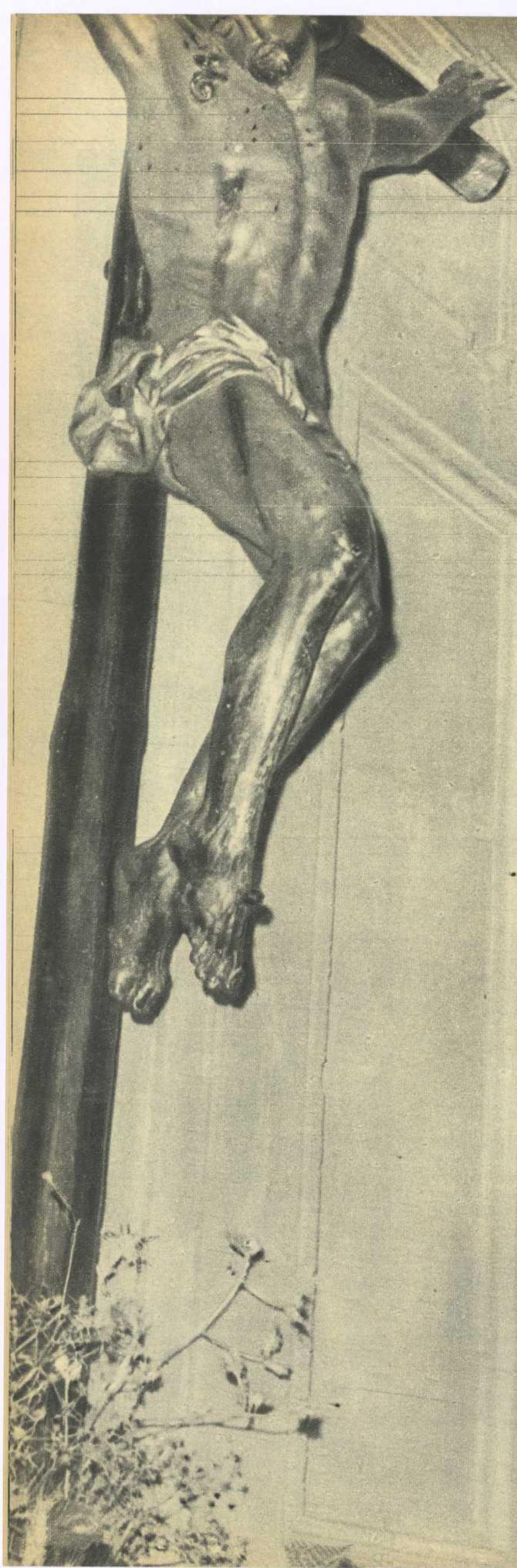
nar la temporada con la pierna cruzada de dolor, tiene ya su pequeña fortuna.

Hace tres años, piensa él, era muy poco. Y nos refiere, trabajosamente, pero con gracia, la sabrosa anécdota. No hace mucho, a la mesa, en un gran hotel, junto a «El Cordobés». Pidieron frutas. Y un camarero satisfizo los deseos de los diestros, con un hermoso recipiente de plata, en el que la fruta alternaba con el hielo. «El Cordobés» sonrió y con una especie de nostalgia invertida, se diría, exclamó riéndose:

—¡Ay que ver! Y hace «na», tú y yo robando uvas.

«Caracol» es gitano y se enorgullece. Tiene ese orgullo que a los gitanos les debe venir —se ha dicho muchas veces— de ese rey de Egipto a quien Cambises confirmó en Mesopotamia y murió rodeado de los fieles, las futuras tribus gitanas de todos los países y tiempos.





EL CABALLO Y LA ESCOPETA, LA ADMIRACION Y EL AFECTO

NOS encontramos en la bella finca de don Fernando Cámara, gran amigo del torero que en la temporada pasada mató diez toros de su camada y cortó de ellos catorce orejas y dos rabos. ¿Hay quien dé más? Aquí y allá sobre el verde naciente, las manchas negras de los bravos. El torero está ya gozando todas aquellas cosas que soñó gozar: el caballo y la escopeta, la admiración y el afecto, el salón amplió con chimenea donde resuenan las botas, y el cielo clemente y bueno, como la mano de Dios. «Caracol» habla de su raza.

EL HOMBRE, COMO EL PAJARO, LIBRE

Su raza, la que hace zigzag al trabajo, porque el trabajo, sobre todo de sol a sol, como él lo tuvo en los primeros años en Almoraví, ata y no deja soñar. Prefiere la libertad al bienestar, porque el hombre, como el pájaro, nació libre. Claro que si el bienestar y los millones—para ese cortijo que decía Maraón que el torero veía siempre sobre el morrillo del toro—vienen por añadidura, bendito sea Dios que los da.

MUCHAS CORNADAS Y MUCHAS CORRIDAS FIRMADAS

«El Caracol». Cuatro cornadas. Un aguafuerte que parece hecho para el mito doliente, dramático, de la obra de Alfonso Sastre. El torero trágico, que ya tiene a la espalda, como un saco de astas que le puntean, que le escuecen en la caja del pecho, setenta y una corridas. Y todas las que quiera, que las quiere todas, este Demóstenes terco y valiente, al que además asisten los duendes de la raza para 1963.

JUNTO AL CRISTO DE LA BUENA MUERTE

Cerramos el reportaje con una foto impresionante. «El Caracol» ofrece en Alicante, al Cristo de la Buena Muerte, los machos después de la corrida en la que el gitano lidia, torea y estoquea seis novillos, después de un brindis patético a su padre:

—Padre: Si yo no le corto las dos orejas a este toro, es que no soy figura del toreo.

Hubo orejas. La sentencia fue cumplida.

El Puesto

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ-CUESTA. — Dirección y Redacción: Serrano, 21, 3.ª derecha. Teléfono 236 84 89. — Administración: Puerta del Sol, 11. Teléfono 222 64 56. — Año XX, Madrid, 21 de febrero de 1963. — Número 974. — Depósito legal M. 881 - 1958

Director: ALBERTO POLO

San Sebastián de los Reyes, a 7 de febrero de 1963

Señor director de EL RUYO:

CON los «tulios», con los toros, se impone el reposo. La lidia, como sabe, tiene tres parcelas muy concretas, que se deben llevar adelante sin precipitaciones. Los «tulios» —rara avis— las permiten. Por eso hoy me dolió que no se respetaran las rayas; las más de las veces los animales no estaban en suerte antes de entrar al caballo. Y eso no está bien. Los «tulios», que se venían de lejos alegres a los engaños, a los jacos, nos hubieran proporcionado muy buenos primeros tercios. Tal como ocurrió: echándoles los caballos encima; tapándoles la salida para castigarlos más, ansiosos por restarles poder, maltratándolos con los engaños, no se consigue nada. Nada. Ni siquiera ahuyentar el miedo. ¡Que conste!

Los «tulios» cumplieron. ¡Vaya si cumplieron! Unos más que otros, claro. Pero al sonar el clarín de muerte a todos les caía la sangre de la mano al suelo. Y luego embestían, y embestían, y embestían. Los «tulios», no obstante, tienen un «defecto»: la CASTA. Les rebosa. La casta en los toros plantea muchos problemas. Eso que llaman fundamento del buen hacer nació para resolverlos: parar, templar y mandar. Pero da la impresión de que es una lección olvidada. Por eso tal vez hiciera tantos años que no venían a Madrid.

Dirá que por qué le cuento esto. Que ya estaba al cabo de la calle. Mire, lo hago porque estoy impresionado. Sí, impresionado. Ahí es nada: toros a los que se les nota que lo son. Figúrese.

La corrida se ha dado después de tres suspensiones. Hemos ido a la Plaza muy poquitos. Como siga el tiempo en este plan las empresas van a tener que colocar un anticiclón de esos amarrado a la puerta del coso.

Como sé que le gusta archivar detalles interesantes, ahí va uno: apunte: «Jacarandoso», número 65, negro, lidiado en segundo lugar. Nada más salir por el chiquero provocó la ovación más unánime y sincera que he oído en una Plaza. Era «enmorrillao», alto de agujas, fino de cabos, con «muchos pechos», cintura de «vedette», prieta la culata, seria y linda la cara, poderosos los riñones y cómodo de cuerna. Se fue cuatro veces al caballo de Matías padre y se recreó en los encuentros. ¡Ole! Y luego fue suave, noble y recio hasta que lo arrastraron lentamente, formando con su sangre brava una circunferencia concéntrica con las tablas.

Merecía la pena que le escribiera, ¿eh?

Luis Alviz, que encabezaba el cartel, y Pedro Romero, de Villaverde, estuvieron decididos y voluntariosos y salieron con una oreja en el esportón cada uno. Pedrín Castro, de Córdoba, anduvo más apuradillo y no pudo matar al último, que le cogió a las primeras de cambio, metiéndose el diestro para adentro con contusiones y esas cosas. Romero, en «Jacarandoso», y el veterano «Faroles», en su turno, prendieron dos buenos pares.

Pero insisto en que el suceso fueron los pupilos de don Tulio Vázquez Román y herederos de don Isaías. De Murube y García Pedrajas; ni más ni menos. Vistahermosa puros. Y hasta otra, señor director.

Con respeto,

JOAQUIN JESUS GORDILLO

Jerez
"San Patricio"

Siendo

GARVEY

es exquisito

TODO ESTA IGUAL

HA habido estos días muchos rumores ganaderos. Diálogos, reuniones, decisiones, incorporaciones, reorganizaciones... Unos que dicen que los ganaderos de primera deben poder lidiar becerros en plazas de carros. Otros, que afirman que los ganaderos de segunda piden que, simplemente, se cumpla el artículo 89 del Reglamento taurino.

—¿Hay acuerdo?

—Dicen que pudo haberlo, pero ya no.

—¿Desaparecen los vetos a las plazas?

—Parecía que sí, pero hay otros veinticuatro.

—¿Y el artículo 89?

—La autoridad tiene la palabra.

—¿Entonces?

—Te lo diré con música de «La Bruja», que se repuso hace poco en la Zarzuela: «Todo está igual... parece que fue ayer...»

Etcétera, etcétera.



APRENDIENDO A BEBER

La ascensión rápida de un torero ha de ser, por fuerza, un deslumbramiento. El muchacho se encuentra con que tiene mucha más fama y mucho más dinero que experiencia. El torero lo conoce todo antes de ser hombre maduro, y si, como es frecuente, viene de origen modesto, siente un irrefrenable impulso de derrochar su juventud. Su porvenir depende, en gran parte, de los influjos a que es-

té sometido, de los consejos que elija, de las personas que frecuente. La vida es más difícil de lo que parece desde la cumbre triunfal de los veinte años, y los muchos que —tal vez— queden por delante, se ven de color de rosa.

Ahí van las fotos de un torero. Ustedes le conocen. Nosotros —como todos— lo discutimos. Hasta ahora, sólo como torero. Desde ahora —y si las fotos son algo más que fogonazos con vistas a la galería— discutiremos también algo más. No queríamos que pensasen que un torero que de verdad está «aprendiendo a morir» —tan dramático es el torero— y del que se dijo que en realidad estaba «aprendiendo a vivir», que se dedica a ir «aprendiendo a beber».

CAZA MAYOR

Vimos en un dominical de «A B C», y en la



serie de rutas que con mucho acierto publican en dicho diario los hermanos De las Cuevas, una ilustración llena de gracia. Se insertaba en el trabajo «La ruta de la caza mayor», y después del desfile de osos asturianos, jabalíes, lobos, cabras, lince y corzos, vimos la reproducción de un cuadro de Perea acompañado de un pie que decía en su segunda parte:

«En los pínas pares de Benamahoma vivió hace pocos años un toro al



que hubo que sacar a tiros. «Caza mayor» se llama este cuadro de Daniel Perea.»

Y, efectivamente, la viñeta nos ofrecía un «galán» de color de rosa —lo cual nos induce a pensar mal de Perea o del colorista que reprodujo la estampa— acosado por un sabueso y cubierto por la escopeta del cazador que aparece al fondo. De esto ha habido algo, y recordamos algún «Cuento del viejo mayoral» que ha relatado suceso parecido de un «abochornao». Pero lo gracioso del caso, aparte el color rosa del toro, es la iniciación del pie del grabado. Dice así:

«Han existido hasta muy poco toros salvajes metidos en los bosques espesos. Toros salvajes o convertidos en salvajes por la soledad.»

¡Formalidad, amigos! Mucho se ha disminuido el toro de hoy, pero esto no autoriza a catalogarlo como animal doméstico cuando en nuestro Código Civil los conejos están clasificados entre los animales fieros.

—¿Toros salvajes? Como no nos hemos adentrado por los bosques espesos, no los hemos encontrado nunca. Pero nos parecen salvajes todos los demás: los que se lidian en la plaza; hasta los

que se caen. ¿No es bastante salvajada que quieran coger al torero?

LECCION NO APRENDIDA

Relata la anécdota don Pedro Sánchez Meca, un buen aficionado a toros. Se refiere a «Machaquito» y «Gavira». Aquí está:

—Fue una noche de verano. Estábamos varios amigos con «Machaquito» y se discutía si echar la pierna atrás al matar era una ventaja. ¡Así se afinaba! «Machaco» decía que no lo era, porque el matador no se salía de la recta, y explicaba, con una sílaba como toro, ejemplos prácticos. En ello estaba cuando se sumó a la tertulia Enrique Cano «Gavira», el único matador de toros que ha dado Cartagena. Siguió la discusión, y «Machaquito» dijo a «Gavira» que simulara la suerte como lo hacía habitualmente, pues le habían dicho que se daba un arte especial. «Gavira» accedió e hizo el simulacro muy bellamente, pero con lentitud. «Machaquito» casi sentenció:

—Haces la suerte de matar despacio. El secreto de la muerte de los toros está en una normal rapidez. Eso que tú

haces es muy peligroso.

Tiempo después moriría «Gavira» en la Plaza de Madrid haciendo

la suerte de matar la forma que le reprochó «Machaco». Y que los viejos saben...

NUNCA LLEGARA A BANDERA...

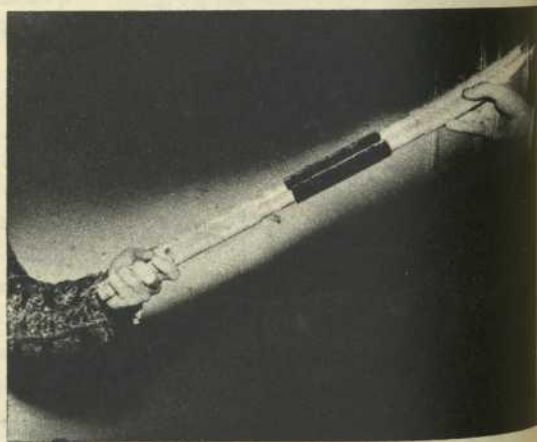
Así dicen los versos de Benítez Carrasco dedicados a la banderilla. Es probable, como dice el poeta, que si hubiera alcanzado categoría de bandera tuviera más grandeza, pero menos finura; más aristocracia, pero menos salero; más vuelo, pero menos gracia. Y es que cada cosa tiene su «cosa» especial.

La banderilla es derivación del rejón que, en la época en que la lidia de toros era juego de nobles, era usado en justas y torneos para lucir habilidades ecuestres ante damas y reyes. Pero cuando se impuso la lidia a pie, allá por mitad del siglo XVIII, los toreros empezaron a usar unos arponcillos, origen de las actuales banderillas, que colocaban uno a uno —como es natural, a una sola mano— mientras con la otra sostenían la capa.

Fueron los Romero rondeños quienes dieron

seriedad a la lidia. Pedro quien impulsó actuación de los banderilleros por parejitas, aunque Francisco fue el primero en clavar banderillas a pares, guiando las enseñanzas del licenciado de Falcón que, según dicen, fue auténtico innovador.

La suerte de banderillas, según «Pepe-Hillo» se realizaba a la media vuelta y al cuarteo. Montes, en su «Taurinología», habla de los pares al relance: a la lidia de un capotero. Con el «Gordito» se da el quiebro. Y, poco a poco, las diferentes formas de parar, hasta llegar a nuestros tiempos en que, como en los primitivos de la bella suerte, solo se banderillea a facilon cuarteo, y no digamos nada de «a media vuelta», porque vemos hacer todas las tardes a los llamados «eficaces subalternos».



...Y es que cada cosa tiene su cosa especial.

¿Ve usted qué grande y qué hermosa la catedral de Sevilla?

¿Y a su lado qué sin valor esta flor de la bandera [derriba]

Pues siendo esta tan chiquilla y aquella tan monumental, yo no cambiaría

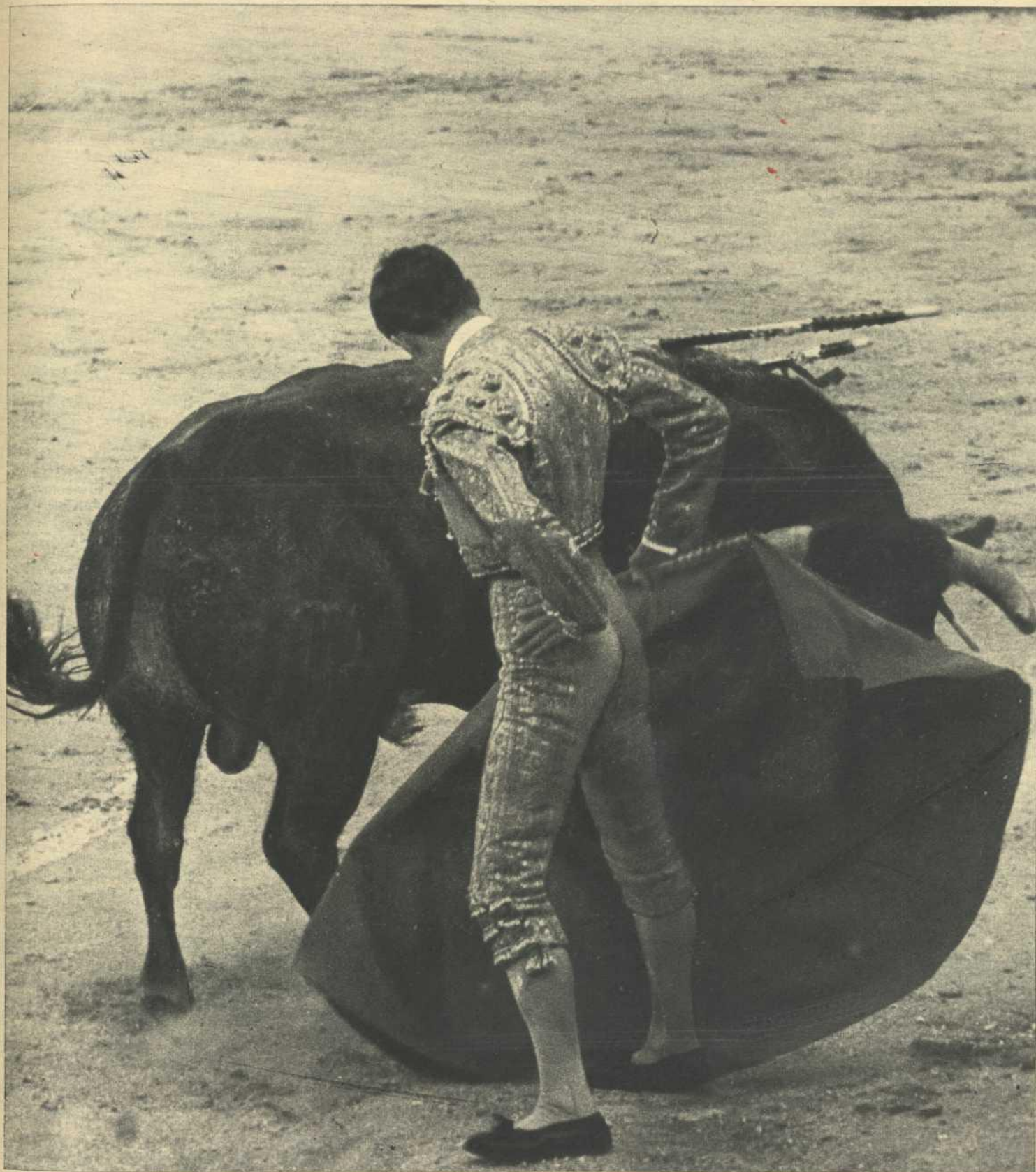
la catedral por la banderilla ni la banderilla por la catedral.

Porque cada cosa tiene su cosa especial.

Para rezar me sobra la banderilla, ¡eso es natural!

Pero para torear me sobra la catedral, aunque esa sea la de Sevilla...

AMADEO DOS ANJOS



UN NOMBRE PARA CARTELES DE LUJO



¡ASI SE MATA!

Pedro de Basauri "Pedrucho", torero retirado, hoy vecino de Barcelona, al dorso de una tarjeta, en la que puede verse la fotografía que acompaña estas líneas, escribe a nuestro colaborador "Don Justo" lo siguiente:

«Hace unos días leí un artículo de usted referente a una estocada de mi antiguo y querido amigo Martín Agüero, haciendo unos elogios merecidos y añadiendo que ni Pedro Romero practicaría tal suerte con tal perfección, y que sin duda alguna era lo mejor de todos los tiempos, por lo perfecto. Yo le agradecería que me dijera qué le parece esta otra... Muchas gracias por todo. Y reciba un fuerte abrazo de su antiguo amigo que todavía guarda su poquito de amor propio...»

No sabemos lo que opinará nuestro colaborador, pero podemos anticiparle, querido «Pedrucho», que la foto es un prodigio. Se trata de una

mo él dice, la manía de la filatelia—, se interesa, en una carta, por el primer Reglamento de los toros...

«Me gustaría saber en qué año se dictó y si fue, como dicen, en el siglo pasado o en este. Yo he leído que el actual vigente venía a anular al de fecha 12 de julio de 1930. Pero... ¿y antes?»

A la vista de los antecedentes históricos que cita don Félix Campos Carranza, en sus comentarios al Nuevo Reglamento Taurino, podemos decirle que, aunque existen disposiciones sobre la Fiesta de los toros, que datan de 1659, la verdad es que el primer ensayo de verdadera reglamentación taurina se debe a don Melchor Ordóñez, que fue jefe político de Málaga, a mediados del siglo pasado, y que el día 1 de junio de 1848 dictó unas normas para las corridas que se celebrasen en aquella Plaza. Posteriormente, siendo el mismo señor gobernador de Madrid, promulgó, en 1852, su «Reglamento para las funciones de toros en la Plaza de Madrid». Esta reglamentación se extendió después a otras Plazas: Sevilla, Guadalajara, Logroño, etcétera. En 1917, el ministro de la Gobernación, señor Ruiz

var del Valle, a la sazón ministro de la Gobernación. Tras algunas modificaciones de la época de la Dictadura —el peto, por ejemplo—, se promulgó el 12 de julio de 1930 el reglamento que ha regido hasta hace poco. Era ministro de la Gobernación en esa fecha el general Marzo.

UN CHICO QUE PROMETE

Desde Salamanca escribe a nuestra Redacción J. M. González, y con su carta nos remite cuatro fotografías de un chaval "que promete".

«El chico es aún joven, ocho años, y ya dice que el torero no se hace delante de una cornamenta, toreando de salón, sino enfrentándose con un toro de verdad por esos campos... Y aunque Paquito "el Sevillano", que así se titula, dice que estas fotos no tienen valor, y que lo que quiere es que le echen un becerro, yo creo que merece la pena que sean conocidas por los lectores de EL RUEDO...

Los trastos que el chico lleva se los hemos comprado entre varios amigos por suscripción. El no sabe que yo iba a mandar estas fotos suyas a EL RUEDO. Si las pu-

«Por qué Paquito «el Sevillano» no iba a ser uno de ellos?»

LA TAUROMAQUIA DE ORDOÑEZ CAUSA AMPACTO

La Peña Taurina Universitaria del Colegio Mayor Universitario San Francisco Javier, de Madrid, nos envía unas cuartillas tituladas "Por la Tauromaquia de hoy...", gracias". Dicen así:

«Si se nos permite representar a un sector de la novísima afición, felicitamos a EL RUEDO, y nos felicitamos en nombre de la juventud que se interesa por los toros, por tan necesaria publicación.

Tenemos ya una Tauromaquia donde apoyarnos, la Tauromaquia más Plástica y completa de todos los tiempos.

Esta Tauromaquia va a conseguir determinar lo que es el torero. Lo que no hemos conseguido con conferencias y más conferencias... Dios quiera que influya además en los conferenciantes y que estos se acuerden de ella para recitar sus cantos. Porque se habla del ayer sin cesar, como si todos hubiesen sido "Joselitos" y "Guerritas".

La Tauromaquia que EL RUEDO ha comenzado a publicar influirá favorablemente en nuestra afición... Y nos hará esperar las corridas con mayor ilusión.

Naturalmente que los que no entienden el torero como creación artística dentro del peligro, no lo entienden. Porque no saben que la única justificación de la Fiesta es la belleza, la armonía, el equilibrio, del que ahora andamos tan escasos...

Se ha de encontrar en el torero una proporción entre el arte y el riesgo. No ha de ser el torero solo... de salón. Tampoco una temeraria lucha, exenta de belleza. Todo esto lo ha de complementar el dominio. Aunque el dominio no es el fin del torero, como algunos piensan. El dominio es simplemente el medio para lograr el arte en el peligro.

La crítica debe valorar estos conceptos y airearlos mucho más. Para ello la crónica debe ser fiel reflejo de la belleza de la Fiesta. No se debe agotar en una descripción técnica; debe expresar, sencillamente, sin ditirambos, esa belleza que hubo en la Plaza y que seguramente los lectores de la crónica no vieron. Así, pues, ni abusar de crónicas acarameladas llenas de exhibicionismos literarios, ni mucho menos reducir la reseña a una crónica telegráfica.

Estoy seguro que la Tauromaquia de hoy... nos va a servir a todos.

Si es así, simpáticos aficionados del Colegio San Francisco Javier, de Madrid, mejor que mejor...

OFRECIMIENTO

Desde Mora, Toledo, Francisco Gómez, un joven pintor, se ofrece, a través de una carta enviada a nuestro director, para pintar un cuadro dedicado a "Joselito", pero...

«Soy pintor y quisiera plasmar en un gran lienzo, al óleo, la cogida y muerte de "Joselito", en las arenas de Talavera de la Reina. Mi pro-

pósito es enviar este cuadro al alcalde de Gelves, para que él disponga su venta en pública subasta, destinando su importe a la suscripción pro monumento. Pero debido a los grandes temporales reinantes, llevo mucho tiempo sin trabajo y carezco de medios económicos para adquirir el material necesario. Por eso me dirijo a usted para ver si es posible que alguien, conociendo mi buen propósito, me facilite el lienzo o alguna ayuda..., en la seguridad de que yo sabré corresponder. Hasta ahora fui un artista con poca suerte, que nunca encontró quien le echara una mano...»

Bien. Veremos si ahora cambia su estrella. El ofrecimiento bien merece un mecenazgo. Y de seguro que entre nuestros lectores habrá quien pueda ayudarlo en ese empeño. Por si acaso, ahí va la dirección de Francisco Gómez: División Azul, núm. 4. Mora (Toledo).

AHI VA ESA DIRECCION

El vizconde de Burguillos, desde Badajoz, solicita la dirección de Vicent J. R. Kehoe, presidente del Club Taurino de Nueva York.

«Le escribí hace algún tiempo y he recibido el sobre devuelto, por lo que les ruego que me repitan la dirección, que debí tomar mal...»

La dirección de ese gran aficionado es la siguiente: Mr. Vicent J. R. Kehoe. Presidente del Club Taurino de Nueva York. P. O. Box 338 Nueva York (21). N. Y. No se olvide de poner el distrito postal, 21, porque de lo contrario no llegará la carta...

ESO ES DEMASIADO, AMIGOS...

Fernando Campos y otros amigos, de Jaca, Huesca, nos escriben pidiendo "algo" que quizá sea demasiado...

«Quisiéramos pedirle a don Manuel Arranz Sánchez, de Salamanca, que nos enviara un becerrete, porque somos una cuadrilla de toreros sin dinero para entrenarse en la debida forma. Tenemos una casa bastante grande, donde podríamos encerrarlo y torrearlo...»

Aunque publicamos la petición de estos jóvenes aficionados, comprendemos que la petición sobrepasa los límites de... «lo posible». Pero... no obstante, ahí queda.

OTRA MULETA PARA UN APRENDIZ DE TORERO

Angel Alonso Zurita, un joven estudiante vallisoletano, de dieciséis años, pide... una muleta y una capa.

«Tengo mucha afición, y aunque no me dejan en casa, siempre que puedo voy a capeas y tentaderos. Lo malo es que no tengo muleta ni capa.

Por si hay alguien que pueda ayudar a Angel Alonso Zurita, publicamos su carta y su dirección. Que es ésta: Prolongación de la Enseñanza. S/n. Barrio Girón. Valladolid. Y... ¡mucho suerte, muchacho!



Todas las cartas llegan



magnífica estocada... Dada con todas las de la ley.

EL PRIMER REGLAMENTO TAURINO

Victorio Gómez Díaz, a quien gusta recopilar datos históricos de la Fiesta de los toros —en vez de tener, co-



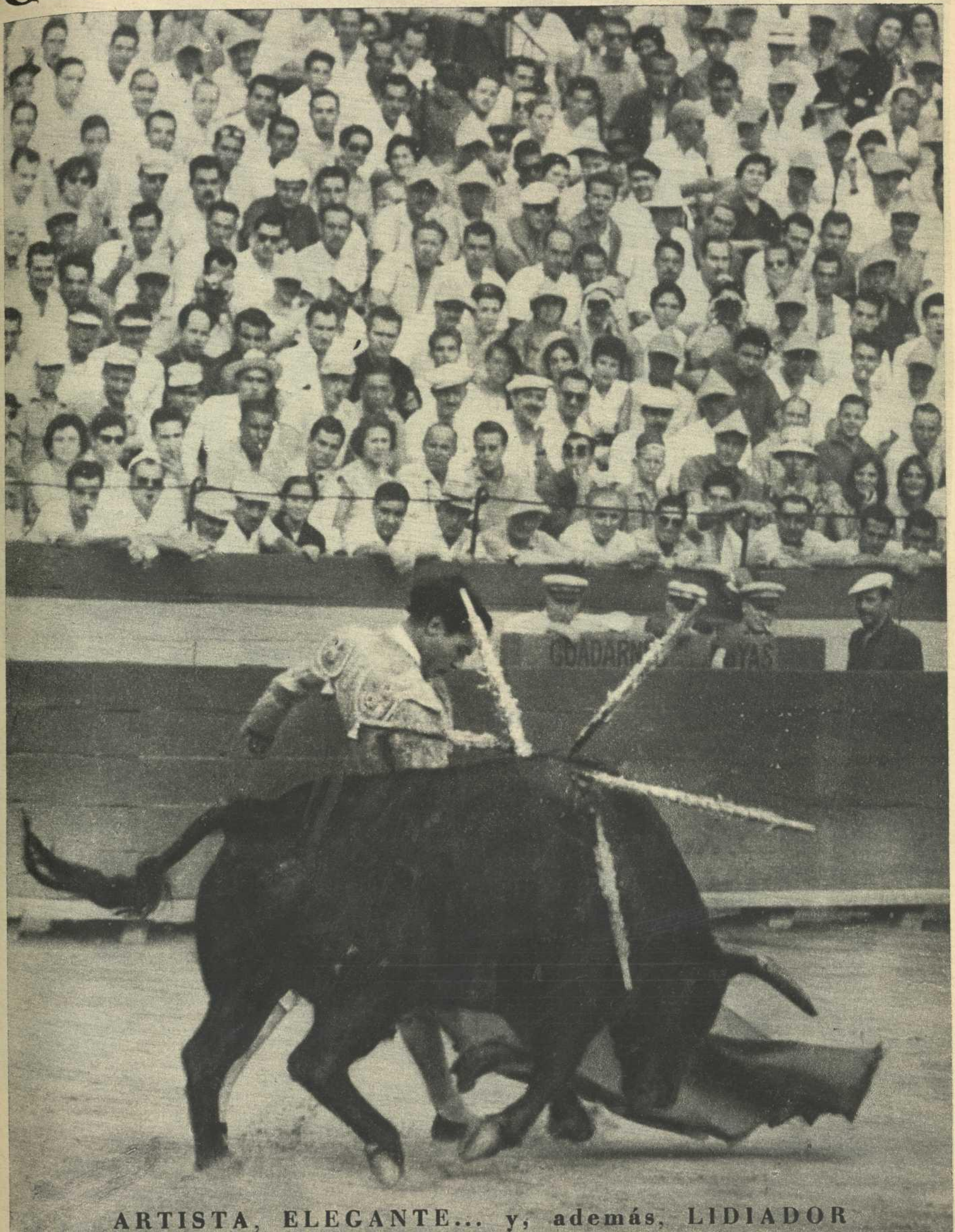
Jiménez, promulgó una nueva ordenación de obligada observancia en las Plazas de Madrid, Barcelona, Bilbao, San Sebastián, Sevilla, Valencia y Zaragoza, aunque algunos de sus extremos —puyas, enfermerías...— tenían aplicación en todos los ruedos. El 20 de agosto de 1923, por R. O., se aprobó un nuevo reglamento, debido al duque de Almodó-



blica se va a llevar una sorpresa...»

Pues... ya ve que sí, que las publicamos. Y nos alegraría mucho que el chaval llegara lejos. Buen estilo ya tiene. Aunque muchos empezaron así —y no lo decimos por desanimar al chico— y luego se «arrugaron». Salamanca es tierra de buenos toreros.

GREGORIO SANCHEZ



ARTISTA, ELEGANTE... y, además, LIDIADOR

CARLOS CORBACHO

LA FIGURA DEL TOREO ESPERADA



Empezará su temporada en Castellón el próximo día 17 de marzo, para continuar al día siguiente en las fallas de Valencia y terminar en el Pilar de Zaragoza, Dios mediante

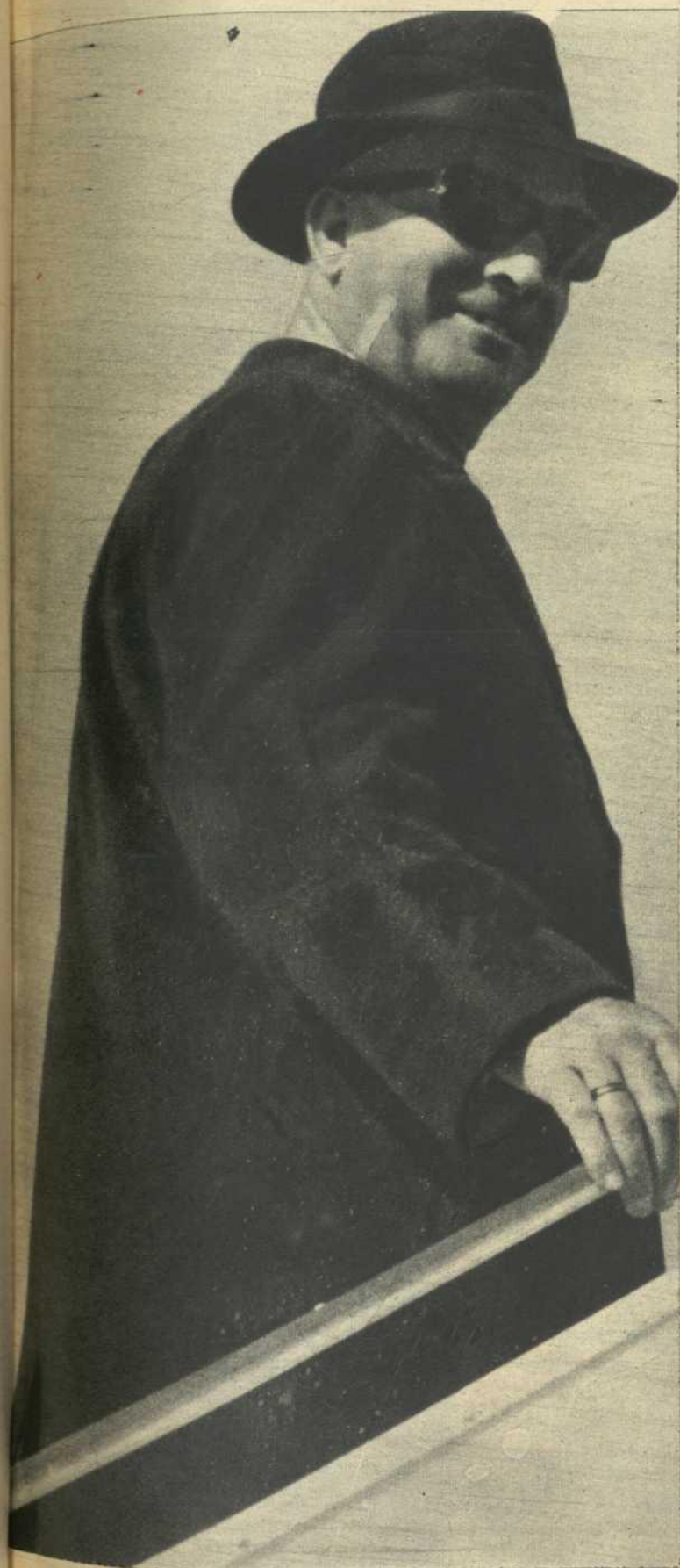


Elegancia, arte puro, prestancia y personalidad hacen de Corbacho un torero de excepción

POCO FALTA PARA VERLO

De "Gallito" a Diego Puerta, pasando por "Manolete"

«Camará» evoca en Méjico sus recuerdos de torero y de apoderado



MÉJICO (Servicio especial).— «Camará» y el periodista están frente a frente en la misma elegante hospedería donde «Manolete» estuvo alejado cuando en 1944 vino por vez primera a Méjico. Nosotros hemos sido testigos, con-

movidos, del encuentro de José Flores con el viejo portero del hotel, que profesó un singular cariño al monstruo de Córdoba. Se quedaron mirando, ambos igualmente sorprendidos, y sin mediar palabra se fundieron en un abrazo que duró largo espacio.

Nuestra conversación se ha remontado hasta la era de «Gallito» y Belmonte. La que «Camará» vivió en los ruedos, como matador de toros. Y revela la admiración que el cordobés siente por la gigantesca figura de José Gómez Ortega:

—«Joselito» lo reunió todo. Facultades extraordinarias, inteligencia asombrosa, conocimiento pleno de todos los secretos de la lidia...

—¿Tenía aquello mayor mérito que esto?

—Son cosas distintas. Hoy se torea mejor que nunca. Pero quienes fueron figuras entonces lo serían ahora con mayor facilidad.

—¿Cuál fue el distintivo de aquella época?

—La necesidad imperiosa de saber lidiar. Aquel toro lo precisaba.

—¿Más difícil y peligroso que el actual?

—Por varios motivos. Yo creo que el peto tuvo mucho que ver con la transformación del toreo. Desde el peto, es muy difícil que un toro se vaya sin picar. Entonces sí se iban, y muchos. De ahí la necesidad de conocer a fondo la lidia.

—¿Cuándo fue mayor el porcentaje de bravura en el toro?

—Ahora, sin duda. Están más seleccionadas las castas y los toros embisten en mayor proporción y ofrecen menos problemas. Basta hojear la antigua «Sol y Sombra» para hallar fotografías de muchos toros refugiados en tablas, síntomas de mansedumbre. Y el hecho de que torero tan poderoso como «Joselito» llevase a sus órdenes una cuadrilla donde todos, los de pie y a caballo, eran verdaderos maestros, es otro síntoma del peligro que ofrecían el enemigo. Por eso era necesario ir a la guerra no solo con las mejores armas, sino acompañado de los mejores colaboradores.

—¿Qué representó Belmonte en aquella época?

—La aparición de otras normas. De un concepto distinto del toreo. Y el secreto de un nuevo elemento: el temple, que poco a poco fue madurando hasta acortar la distancia entre el toro y el torero.

—¿Distintivo de la era de «Manolete»?

—Otra revolución en el toreo. Manolo acorta más esa distancia y, al afirmarse en su nueva concepción,

demuestra que se puede torear con lucimiento a un gran porcentaje de toros. Por eso y por su enorme personalidad llena una época con su grandeza torera.

—¿Cómo ve el momento actual de la fiesta?

—Se encuentra en auge en lo económico. Y hay una baraja de toreros muy buenos, aunque falta el torero de época; pero su aparición no puede ser frecuente, si lo fuera, dejaría de tener una talla artística distinta.

—¿Existe actividad artística más complicada que el toreo?

—Lo dudo mucho. En otras actividades, el artista depende de su propia valía. En el toreo necesita, además, la suerte en forma de toro que embista.

—¿En qué momento sintió más esa necesidad de suerte?

—En la presentación de matador de toros de «Manolete» en Madrid. El se había hecho por Andalucía y prácticamente era desconocido para la afición madrileña. Aquella tarde fue de doble ceremonia. Marcial Lalanda daba la alternativa a Manolo y confirmaba la de Juanito Belmonte. El primer toro fue regordío, mansurrón, topaba más que embestía. Temí que Manolo saliese de las Ventas sin que le hubiese visto Madrid en toda su grandeza. Pero en cuanto salió el sexto, dije a mi representante, Bermúdez: «¡Aquí se acabó todo! ¡Boca abajo todo el mundo! ¡Ahora van a ver torear a «Manolete»!» Esa noche, en Madrid, no se hablaba más que de Manolo.

—¿Satisfecho de su regreso a Méjico?

—Yo tenía que volver. Y estoy maravillado. No se encuentran sino motivos de admiración para el visitante y de orgullo para los habitantes de esta capital positivamente impresionante.

—¿Cómo encontró al público de Méjico?

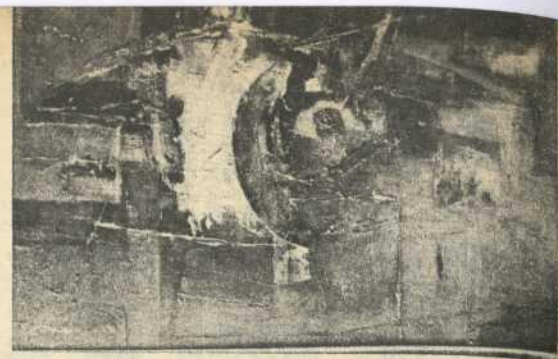
—Igual que siempre. Hay aquí muy buenos aficionados.

Exteriorizo entonces algunas dudas y «Camará» ataja:

—En las Plazas grandes, sobre todo si éstas tienen las dimensiones colosales de la «México», es natural que la masa de espectadores ahogue en ocasiones a los aficionados; pero de que aquí los hay, y muy buenos, no cabe la menor duda.

Seguiríamos hablando de toros y toreros, pero el tiempo sujeta a ineludibles compromisos. Ahí va la charla que me limito a transcribir, tiene su miga; estoy satisfecho de cómo he podido cumplir esta semana con mis obligaciones hacia los lectores de EL RUEDO.

FLAMENQUILLO



DIAS pasados primerísimas figuras de la pintura hicieron el paseo en la corrida pictórica-aurina que se celebró en la sala Grin-Gho, de Madrid. El cartel estaba bien compuesto y presentaba atractivos de notable calidad. Encontramos pintura para todos los gustos, desde el maestro Daniel Vázquez Díaz hasta el joven pintor puntero Joaquín Vaquero Tourcios, pasando por las más destacadas firmas de la pintura española actual. No cabe duda de que algunos se quedaron fuera, y para darle más calor a la competición me permito añadir el concurso de dos indudables figuras, Juan A. Morales, maestro ya consagrado, y José Jardiel, joven revelación que ocupa ya puesto en los mejores carteles.

Hago constar que el análisis crítico con que abordo las faenas más representativas del importante concurso tiene un matiz estrictamente taurino. Aparte los valores pictóricos —aunque en arte todo va unido—, trataré de reflejar qué sugerencias, qué caminos han escogido, cómo se han enfrentado los diferentes pintores ante la fiesta de los toros. Es importante y es lógico que el pintor español de nuestros días encuentre un tema extenso, vario y fecundo en el juego del hombre con el toro. Ningún espectáculo más sugerente. En la superficie, como medios expresivos de comunicación, el silencioso camino de la plástica; el movimiento con ese dinamismo interior que provoca todas las suertes; la danza, apoyada en el equilibrio, que es la geometría frontera con la muerte; el ritmo, péndulo de unión del pase, que es la creación espontánea e intangible de un sentimiento; el sol y la sombra, que son el contraste simbólico de muerte y de luz; el salpicado arco iris de color, que es el delirante «atrezzo» de la plaza, y la sangre. Detrás, todo lo comunicado, el drama contenido con grados auténticos de tragedia, con su final de frustración necesaria, con su epílogo de muerte y de victoria. Y en el transcurso, el miedo, la decisión repentina y sublime, el valor, el misterio, la superstición; además, la lucha ciega. Torero y toro, frente a frente. El uno, la astucia; el otro, la intuición salvaje. Finalmente, la victoria del hombre, porque el hombre debe ganar.

Si, torrear es jugar con la muerte y bailar por la cuerda imprecisa del misterio. Este es el tema que se han propuesto los pintores que el jueves enseñaron públicamente sus cuadros. Veamos cómo lo han afrontado.

Daniel Vázquez Díaz

Don Daniel tiene cara de buen vasco, la mirada serena de un castellano de arriba y el espíritu de un andaluz hondo. Don Daniel pinta al torero, elige sobre todo la figura de ese hombre que se enfrenta con el toro, como profesión en la

vida. Don Daniel lo coloca frente a él y nos lo explica... pintando. Don Daniel, que ha presentado tres retratos y dos dibujos, nos habla en su estudio de María de Molina.

—Como todos los chavales de mi edad, por aquel soñaba con el torero. Yo admiré de crio esos héroes de leyenda; eran toreros muy distintos a los de ahora, de traza fornida y corpulenta; tenían elasticidad y reciedumbre. Yo los admiraba y pensé algún día ser torero... ¡Pero, la verdad, me faltó el valor! Luego me entusiasmé pintando retratos de toreros. Ellos abarcaron una parte extensa de mi obra. Como recuerdo de esta época lejana, pinté el «Torero del noventa y ocho». Lo vestí con un traje negro y grana, ¡bellísimo!, que perteneció al «Espartero»... Todavía lo guardo.

Don Daniel nos dice que tiene una colección extensa de trajes de toreros. Mu-

te, es dura, impenetrable, de «ocres», dice fuerza, seguridad, ¡nunca crisis!..., y fíjese que el torero se enfrenta casi a diario con el toro...

Don Daniel se para. Enfrente de él, uno de sus lienzos preferidos por mí: el amanecer pálido, tibio, en el desnudo exuberante de la mujer. Don Daniel me mira de nuevo.

—He procurado compensar la sequedad de la figura. El torero también tiene algo de danzarín, de flexibilidad..., y el torero es arte en movimiento. Entonces, por eso el capote se desliza grácil, con un rosa de nácar, delicado. Ahí, creo yo, está toda la elegancia, la gracia que se antepone a la fuerza violenta del torero...

Ya abandono el estudio del artista. Cuando llegamos a la salida, veo el majestuoso retrato de «Manolete». Lo miramos. Don Daniel dice:

—Eso es la figura, firmeza de esque-

torero. Los rojos y los negros se disparan entre sí. Hay un fogonazo. Hay una velocidad contenida, de enconzonazo, de crisis, de agonía explosiva. Es la sangre fundiéndose de golpe con el negro del misterio. Hay velocidad y vértigo. Es la pasión, el grito desgarrado, lanzados al encuentro en un abismo instantáneo. Parece que los gritos histéricos de público se han petrificado, y la sangre ha saltado de las venas y se ha convertido en mancha, en profundidad roja de toro. Después de la instantánea, nuestro espíritu se queda como una plaza de cristales rotos, y una dinámica angustia huye por las puertas de los tendidos, abiertas al viento.

Joaquín Vaquero Tourcios

El toro, esa mancha negra en el paisa-

12 FIGURAS DE LA PINTURA 12

VAZQUEZ DIAZ, de niño soñaba con el torero

MANUEL MAMPASO, rojo = sangre : negro = misterio

VAQUERO TOURCIOS, el toro impreso en piedra

J. ANTONIO MORALES, Colores muertos, expectantes

JAVIER CLAVO, y un picador de humor fuerte

RICARDO MARIN

ROBERTO DOMINGO

ANTONIO CASERO

cronistas plásticos de medio siglo de toros

JOSE JARDIEL, un mundo fantasmagórico

GUIJARRO

CABALLERO

REDONDELA

visiones bellas y decorativas

chos de ellos pertenecían a grandes matadores.

—Sí, en el «Torero del noventa y ocho», la virilidad, la integridad del hombre en el torero. Si usted se fija, verá que la pierna izquierda se adelanta con potencia hacia el frente. La fuerza viene dada por la luz, que descubre el muslo rojo del hombre. Es una postura valiente, torera, descaradamente decidida, casi envarada. Por eso, los tonos del torero son de color intenso. Y la cara, ahí está lo importan-

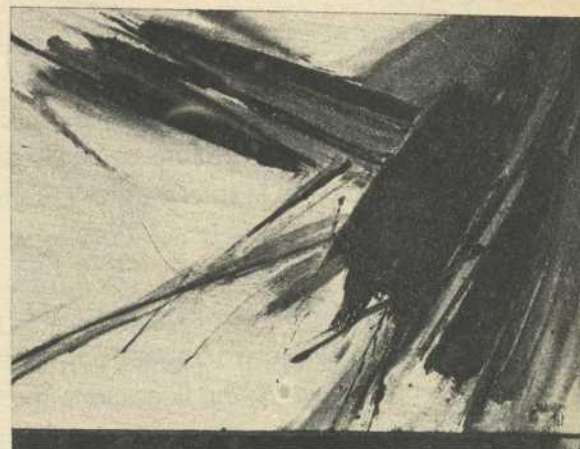
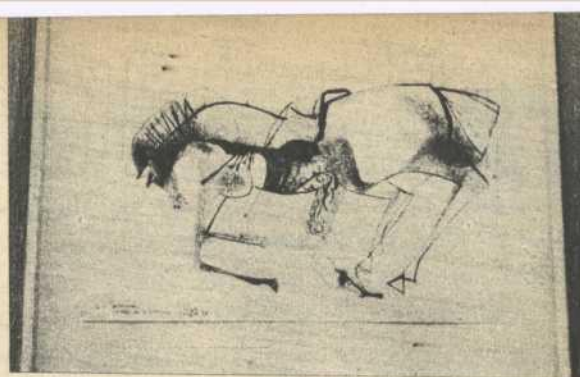
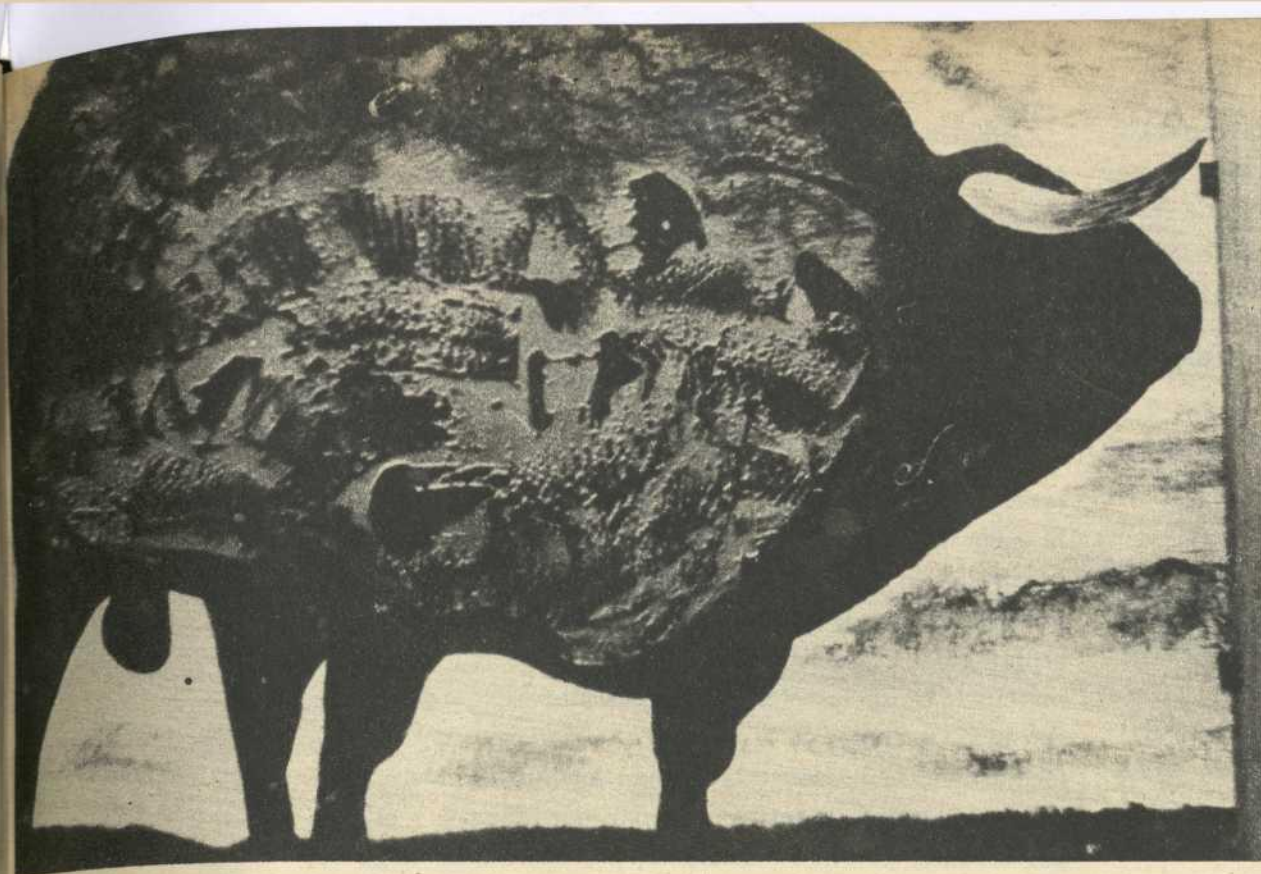
leto envuelta en aparente fragilidad... Fíjese en la potencia del brazo... Belmonte, «Manolete», Ortega, Antonio Bienvenida son los toreros modernos que más me han interesado...

Manuel Mampaso

En todos los cuadros de Mampaso parece que el toro siempre ha cogido al



je. Vaquero Tourcios lo ha visto así, impreso en piedra. El toro ibérico, en compañía milenaria del paisaje. El toro en marrón de Vaquero Tourcios tiene mucha historia. Procede de las estepas orientales de uro y conserva su alma antigua en los campos secos de España. El toro en marrón es una mancha compacta, todo un carácter cerrado que eleva su testuz hacia arriba y tiene en los cuernos la plata y el azul del cielo. Por debajo de sus patas de semental potente vemos el



paisaje negro de los olivos. Por encima, contrastando con la piel opaca, el azul fresco del amanecer..., noche eterna y misteriosa de los toros. Se va y presiente el día. Pero no sabe aún de la lucha mortal y roja de los ruedos.

El toro en marrón de Vaguero Tourcos respira la paz sedentaria del paisaje.

Juan Antonio Morales

Juan A. Morales se explica así:

—El picador y el toro son dos masas que se oponen. Dos bloques, dos fuerzas en choque, con la potencia de dos piedras desplomándose en una pesadilla. Hay un despliegue inmenso de facultades. Los contornos de las figuras se inyectan de tensión. El caballo es blanco y el toro es negro. El caballo se sacude como un pescado atormentado por la as-

colores muertos, expectantes de la lucha cruel, y la exuberancia y reciedumbre de dos colosos frente a frente. Por eso hay frío, un mundo de silencio y un pretendido estatismo que logra eternidad; es pintura-pintura y también pintura-esculpida. Parece haber sido pintado hace siglos y siglos.

Javier Clavo

Clavo ha tratado con más asiduidad el tema de los toros. Por eso matiza, exige y puede dar visiones contrapuestas. Porque Javier Clavo ha visto desde muchos ángulos los instantes dramáticos de la fiesta. Me ha sorprendido su picador. Es de un humor fuerte, gordo. Parece el chiste cruel de un aficionado ante la expresión estupefacta, desvaída de un picador tonto después del encontronazo con el toro. Es un cuadro disparatado, pleno de libertad, como la caricatura de un niño malo. Es una carcajada pictórica.

Me ha gustado más «El caballo de las tripas fuera». Conmueve. Tiene la simplicidad de una ilustración antigua y es elegante, con la elegancia deforme de los caballos de Goya, y sin deformidad. Huye en trote enloquecido. Pero la belleza y melancolía de sus formas dicen un no sé qué de muerte elegante.

Roberto Domingo, Casero...

Dentro de los pintores taurinos hay un trío de coincidentes características: Ricardo Marín, Roberto Domingo y Antonio Casero. Son los cronistas plásticos de medio siglo de toros. Sería interesante y se podría hacer una historia gráfica del toreo del siglo XX. La obra de estos tres pintores da de sí lo suficiente como para explicar los diferentes estilos que han existido. Desde la saltarina y garbosa escuela sevillana a la rondeña, pasando por el arte de los gitanos y la elegancia serena de los toreros del centro. Podríamos estudiar toda la variedad de pases en sus más característicos momentos. La crónica sería puntual, no habría detalle que se hubiera escapado a la pluma o al pincel.

Es portentoso cómo Roberto Domingo ha captado «el aire» inconfundible de cada torero, su posición característica en el ruedo, su diferente interpretación del toreo. Domingo, Marín y Casero son los representantes de un impresionismo taurino, de un manejo peculiar de la pluma que solo se ha usado en España y para los toros. Con huella inconfundible.

José Jardiel

Jardiel ha pintado un cuadro de toros. Un cuadro complejo, con diversos ángu-

los dramáticos. Particularmente nos ha llenado de sugerencias. El autor aclara:

—El cuadro lleva implícita toda explicación. Creo que cualquier persona puede comprender el fondo dramático que lleva impreso. He pretendido que todo gire en torno al presente de muerte en potencia que hay alrededor de la lucha. La muerte, entiéndase, en el torero, en el picador, en los hombres. Todos los que se tienen que enfrentar a esa abstracción, a ese enemigo común que es el toro. Por eso, la muerte está en torno a un eje, la cabeza del caballo, que más que cabeza es calavera. En ese elemento triste y condenado de la fiesta. Del toro solo me interesa su fuerza activa; es un encontronazo que encuentra su destino. Esta es la razón de que el caballo sea blanco, espectralmente blanco. Es como la muerte sorprendida. La muerte que ha llegado... Todo este mundo fantasmagórico que



solanésca de los toros? Pero los colores son apagados, casi poéticos, cargados de misterio. Ante el picador de Jardiel solo se me ocurre contestar con la asombrosa y sobrecogida greguería de Ramón: «... Y el caballo de los toros dio una última y terrible coza a la muerte...»

Guijarro, Caballero, Redondela

¿Por qué reúno a estos tres grandes pintores en un mismo apartado? No es que su posición sea la misma, y mucho menos que sus estilos sean iguales. Pero ocurre que al principio advertí que mi posición era taurina, no pictórica. Y desde un punto de vista taurino, los tres, cada uno por su camino, han ido a lo accesorio. Lógicamente nos interesa menos.

Por ejemplo, la melancólica y dulce señorita torera de Guijarro nos trae la sugerencia del arlequín, del arlequín frágil y triste, vestido ahora de torero. Tiene el aire de una fotografía amarilla y lánquida de una niña perdida que hay en un álbum antiguo. Los lienzos de Redondela, con el juego sutil y delicioso de los colores bien empleados por un pintor, pero con aire de cerámica, de esas cerámicas con motivos taurinos del siglo pasado. Y los cuadros de Caballero son un contraste de materias y espacios de luz, con una misteriosa dramática, desde luego taurina, pero montada solo sobre el edificio, el «atrezzo», el escenario. Lo que no está es la representación. Son tres visiones bellas y sobre todo decorativas.

Colofón

En la espaciosa y elegante sala me encuentro con Domingo Ortega. Contempla unos cuadros. Le interrumpo. Me interesa saber cuál es la opinión de un torero sobre la pintura taurina. Domingo Ortega me mira y sonríe.

—A ningún torero le puede llenar un cuadro de toros. De otro tema, sí. Porque verá: yo siempre he buscado en la pintura taurina algo que no encuentro. Me explicaré: cuando un pintor pinta un cuadro, lo hace sobre una idea preconcebida que luego plasma en arte. Es la realización de algo que ya se ha pensado. Es una obra preparada «a priori». Y el toreo es todo lo contrario, porque el toro no es una idea, es un ser complejo, insospechado, no sabemos cómo va a reaccionar. Solo le conocemos cuando pasa, y entonces es cuando se concibe el arte, en un instante de intuición, de colaboración común. Me gustaría ver en algún cuadro esa espontaneidad con que se desarrolla el toreo. Solo lo he visto y sentido en «La estocada», de Goya... Pero, sabe usted, Goya fue torero.

J. C. AREVALO



fixia. Pero lo importante es la fuerte potencia, la verticalidad de la vara que taladra la carne del toro. No sé si te has fijados, los tendidos están vacíos; solo se ve la piedra de la grada con silencio, con frialdad. Me parece que la luz agoniza, muere en la última grada. No sé, todo es seco, fuerte, pero ampuloso de contornos. Creo que es un cuadro duro, llano, como yo, que siento la aridez de Castilla.

En «El picador», de Morales, están los

LECTORES de EL RUEDO han solicitado unas aclaraciones a la oscuridad de mi expresión. Tuve también el placer de leer una réplica de «Don Justo», toda ella elogiada, por su ponderación y por su caridad para con mis palabras. Entre dos aficionados puros, de cualquier época, no puede haber esenciales divergencias, y en nuestro caso no las hay. Deseo aclarar, no polemizar. Permítaseme.

Es cierto que al escribir me siento profesional, pero muy por debajo de mi sentimiento de aficionado, y por ello trato de eludir sistemáticamente la tecnología; no lo consigo, probablemente, pero no hay intento de sembrar confusión o de poner el alcance de la interpretación difícil al aficionado. Ciertamente que mi «reciente» llevaba su intención. Crudamente: perdón.

En 1954 hablaba de que se garantizara, no solo la integridad anatómica del toro (fraudes por contusiones, afeitado y tantas otras cosas), sino la psíquica también, y en nada relacionaba la psiquis con las caídas, ni siquiera se me ocurrió estudiar sus correlaciones genéticas. Simplemente apunté que el todo integral del toro implica el cuidado de su instinto, entendiendo como instinto una potencia característica del toro ajena a los caracteres hereditarios conocidos. Como tal potencia se manifiesta específicamente según cada peculiar temperamento del toro ante los mismos estímulos externos (excitaciones, capa, muleta, caballo, voces, sombras), que no serían otra cosa que causas ocasionales, en consecuencia todo aquello que influya sobre el complejo psíquico, influye sobre lo único libre que queda del toro de este tiempo: el instinto verdadero, pues lo demás (morfotipo, encornadura, bravura, etc.) está dirigido. Si cualquier estímulo verdadero impresiona al toro (el toro-toro, «aprende», ¿no?) se altera su psiquis y entonces ni siquiera ese conato de verdad instintiva es realmente el que corresponde a la constitución del toro. ¿Qué causas ocasionales alteran la psiquis? Muchas, muchas. Los encajonamientos, a veces, se fuerzan excesivamente; las retientas, en algunos casos, no son aconsejables; los transportes no idóneos para la función que luego ha de desempeñar el toro y lo sitúan en una incomodidad extraordinaria, larga, muy larga, capaz de influir en su paciencia bovina; los desencajonamientos, tanto en ruedo como en corrales, son tremendamente excitantes y, desde piedrecitas, varas, pañuelos, pisotones, vocerío, malos cabestros, perros, etc., de todos hemos visto; la observación de los toros en los corrales, las reiteradas visitas, incluso «turísticas», son estímulos constantes, en vez de dejar al toro tranquilo; la sistemática de algunos reconocimientos; los enchiqueramientos con voces, garrochas, puertas mal cerradas, cornadas a maderas; la observación de los toros en la oscuridad de los chiqueros desde las troneras del techo; los pilones sin agua, los comederos con paja blanca, el trasiego de corrales...; en fin, todo esto son estímulos que van influyendo en la psiquis del toro. E incluso (y esto es en lo que no tuve eco) durante la lidia los caballos drogados y con los dos ojos tapados, que dejan reducido al equino en un paquete sin mando, contra el que se estrella la potencia del toro, casi siempre sin salida, son cosas que influyen en la psiquis. No puedo negar que todo es discutible; pero a eso me refería. Se comprenderá fácilmente que se aludiera como contrasentido a los encierros de Pamplona; pero la conducción, aprovechando la estampida del toro, es otra cosa.

Admiro a la crítica pura. Mi alusión a la tauromagia está totalmente al margen, no solo del crítico, sino del aficionado puro. Solo me refería a los comentarios intrascendentes, que van tomando cuerpo de tertulia en tertulia y acaban equivocando la interpretación de algunos hechos.

Y vamos con la caída del toro: el que yo acepte y considere meritorio un trabajo científico sobre la caída del toro no significa que el toro precisamente no tenga más causas de caída que esa. Ni siquiera que considere la caída de los toros como resuelta. En mis archivos bibliográficos figura la caída de los toros de Sotomayor en un 75 por 100 de los lidiados, creo que en 1929, y el 52 por 100 de los de Gallardo y Guadalest en 1931. En 1887 el toro «Jaquetón», celebrísimo, cayó al suelo, y se ha escrito que por hipertensión muscular. Desde las hipertensiones musculares paratireoprivas, con hiperfunciones de hipófisis y tiroides (¿no hay más remedio!), hasta la isquemia, se han formulado muchas teorías: por causa de la fatiga muscular, por las varas y el peto, por fraudes, por morfimizaciones, por derrote al vacío del toro afeitado, por degeneración de ciertas glándulas, por el transporte y el ayuno prolongado, por falta de ácido fosfórico en los pastos, por lidia del toro adelantado, por cebamiento y desproporción entre la masa muscular y el esqueleto, por ciertos quiebros del toreo actual, por causas accidentales, entre las que destaca los puyazos, por parasitosis, por avitaminosis, por degeneración constitucional de ciertas castas, por desentrenamiento del toro criado en insuficiente terreno, por selección del toro humillante (el que prefieran los toreros), por su condición de más bravura y más nobleza, por purgantes salinos y «arriñonados», por reumatismos articulares, por problemas generales de alimentación y por algunas otras cosas. Yo, ¡cómo no!, tengo también mi opinión, que concuerda con bastantes de las teorías de las que sustentan algunos ganaderos y competentes aficionados y, también confieso, que estoy más cerca de éstas que de otras; pero respeto todas y no me atreveré a afirmar la mía hasta tanto no quede demostrado el problema.

Insisto en que el problema solo tiene solución si se realiza el estudio sistemático por el equipo que corresponda y, vuelvo a confesar, que el NO HAY PROBLEMA está muy lejos de ser pronunciado, porque en biología no siempre el estudio y el sistema dan el resultado que honradamente quiere obtener el investigador. Pongo por caso el problema del cáncer; pero bastante es que se desee estudiar. ¿A qué se espera? Eso me pregunto yo. Que se dote de medios a quien corresponda, que se den facilidades y que se tenga paciencia en el tiempo. Lo cierto es que el problema necesita estudio y que las opiniones a salto de mata, aun siendo válidas, no pueden ser definitivas. Cada uno discurrimos por la vida con nuestro trabajo, del que vivimos y al que le dedicamos todo el amor y todo el tiempo y todos coincidimos en una afición, a la que no podemos dedicar nada más que determinado tiempo y determinado esfuerzo. ¡Ay, si yo pudiera ser de profesión «aficionado a los toros» y de afición veterinario...!

Estamos en la misma línea. Yo soy torista. Muchos ganaderos también. Disculpésemme en mis fallos y acépteseme la mano que ofrezco como aficionado y amigo.

PABLO PAÑOS MARTÍ

EL

T

O

R

O

TRIBUNA
PUBLICA

SI, SI HAY PROBLEMA



Cabeza de toro de Miura, de cinco años, muerto a

¡QUIEN TE PUSO EL CONFITE QUE TE LO QUITE!

PRONTO sonarán los clarines, anunciando el comienzo de la nueva temporada taurina, y la batallona cuestión que lleva por título: **¿POR QUE SE CAEN LOS TOROS?** tan traída y llevada, habrá perdido actualidad; pasará a un segundo plano.

Yo creo sinceramente — sin descartar que quizá peque de receloso — que nos encontramos ante una «cortina de humo» preparada con astucia maquiavélica por la picaresca.

Han emitido valiosísimas opiniones prestigiosos aficionados, muchos de los cuales me honran con su amistad. Fueron expuestas con evidente buena fe y hubieran estado muy en su punto si **TODO LOS TOROS** que se lidian adolecieran de este mal, a causa, pongo por ejemplo, de una epidemia que en forma de auténtica plaga, hubiera asolado la ganadería brava.

Por fortuna, nada más lejos de la realidad.

En las corridas de toros y novilladas «vulgares» celebradas la pasada temporada en la Plaza de Madrid, y en las que alternaban espadas pertenecientes a segunda o tercera categoría, los toros y novillos no solamente **NO SE CAÍAN**, sino que, cumpliendo ampliamente con el Reglamento, en cuanto al número de varas y pares de banderillas, llegaban con fuerza al último tercio y muchos de ellos «sin abrir la boca». Por el contrario, el deprimente espectáculo del toro caído se ha contemplado reiteradamente a lo largo de todas las corridas de la feria de San Isidro, Beneficencia, Montepío de Toreros y Prensa, así como también en las novilladas «postineras».

¿POR QUE SE CAEN LOS TOROS? Que se lo pregunten a determinados matadores y ganaderos. Ellos lo sabrán, ya que han sido los que han **PUESTO EL CONFITE** a la pureza de la Fiesta.

Los aficionados puros e independientes no tienen obligación alguna en meterse en averiguaciones.

Usted, señor consultado, expuso su honrado criterio, así como todos y cada uno de sus compañeros de encuesta. Pues bien: ¿Qué han sacado ustedes en limpio?

EL PORQUE, o sea, **LA CAUSA**, nos debe tener sin cuidado. Lo que hay que evitar a todo trance es **EL EFECTO**, esto es, **QUE SE CAIGAN**. ¿Cómo? Ahí va mi sugerencia.

Recójanse firmas de aficionados, tanto en Madrid como en provincias, y con el poderoso apoyo de la Prensa y Radio, ver el medio de poder llegar a presencia de las Autoridades, donde con todo respeto, exponamos nuestra justa demanda hasta lograr que el párrafo correspondiente del artículo 67, del Reglamento Taurino, quedase modificado de esta o parecida manera:

«Las reses de lidia tomarán necesariamente un minimum de tres puyazos en toda regla, o sea, sin contarse refilonazos ni picotazos.

La que no lo hiciera por manifesta debilidad física, será retirada al corral, sin que le corra el turno al espada.

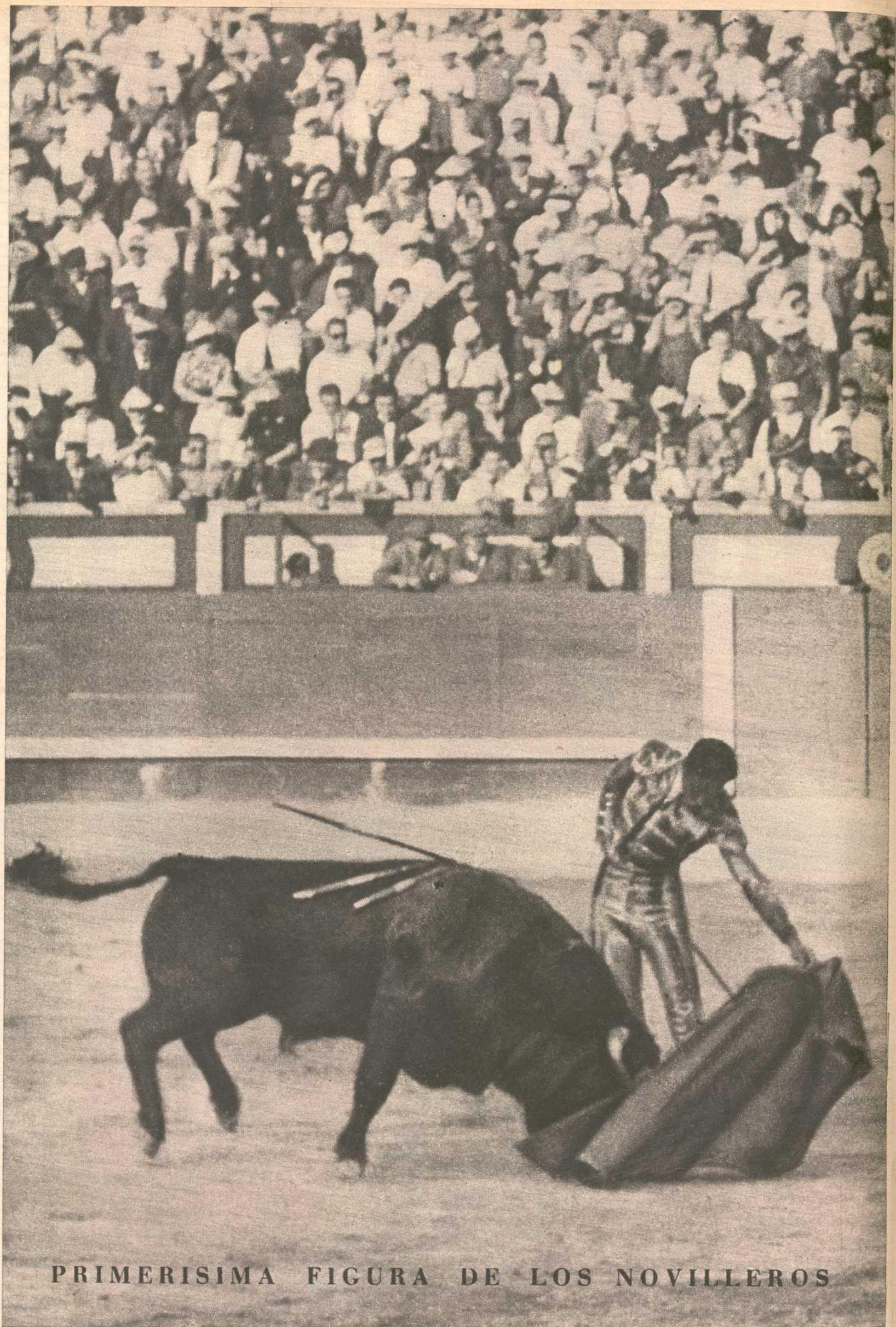
Tan sólo después que la res haya tomado las tres varas reglamentarias, quedará facultado el espada para solicitar con todo respeto el cambio de tercio.»

¡Mano de santo! En cuanto se percataste la picaresca que «la cosa iba de veras», fácil es comprender la premura con que **QUITARIAN EL CONFITE**.

Y nada más. Perdóname mi entrañable amigo don Luis Fernández Salcedo que haya tomado para mi modesto trabajo, la familiar frase del Viejo Mayoral de sus «Cuentos», pero... es que era la aporrea...

FERMIN LASTRA

J E R E Z A N O



PRIMERISIMA FIGURA DE LOS NOVILLEROS

ASI, de rodillas, sigue la faena por bajo. Mejor dicho, con una rodilla apenas ingravidamente apoyada en tierra. Tiene muchos detractores este tipo de toreo, porque dicen que no se temple y no se manda con él. Estos se refieren a los lances con las dos rodillas, que ni son ni han sido toreo nunca.

Pero hay veces en que apoyarse en las piernas flexionadas es necesario, no solo para matizar y enriquecer una faena, sino para hacerla más eficaz y artística. Para hacerla, también más emocionante, no con esa emoción sin clase que es el susto a palo seco, sino con la renuncia del diestro a la ventaja de estar de pie para aumentar el riesgo y aumentar también el arte que emplea para vencerlo.

He aquí un lance perfecto, que viene a demostrar al gentío, que se agolpa en los tendidos, que la muleta no solamente tiene una misión ornamental y decorativa, sino que —por encima de esto— es instrumento de eficacia antes que de lucimiento. Cuando eficacia y belleza se reúnen es que hemos llegado a ver una de las cimas de la tauromaquia.

INVITAMOS a estudiar con detenimiento esta serie de pases por bajo y detenernos en una observación tan elemental como difícil. Y es que —en todos ellos— el toro siempre tiene ante sus ojos la muleta desplegada como una bandera. ¿Por habilidad del fotógrafo? Evidentemente, no. No puede ser habilidad, ni casualidad, el que en todas las posiciones, desde todos los ángulos de encuadre, se registre este impecable acoplamiento del toro al engaño, esa holgura de movimientos que indica a las claras el dominio, ese desahogo de terrenos —en que el toro sería libre de ir y venir si no lo atenazase férreamente el poder torero del brazo que sostiene la muleta— en que está, más que en el tremendismo, el mayor peligro. Porque el toro «puede ver» si por falta de temple deja de perseguir el engaño.

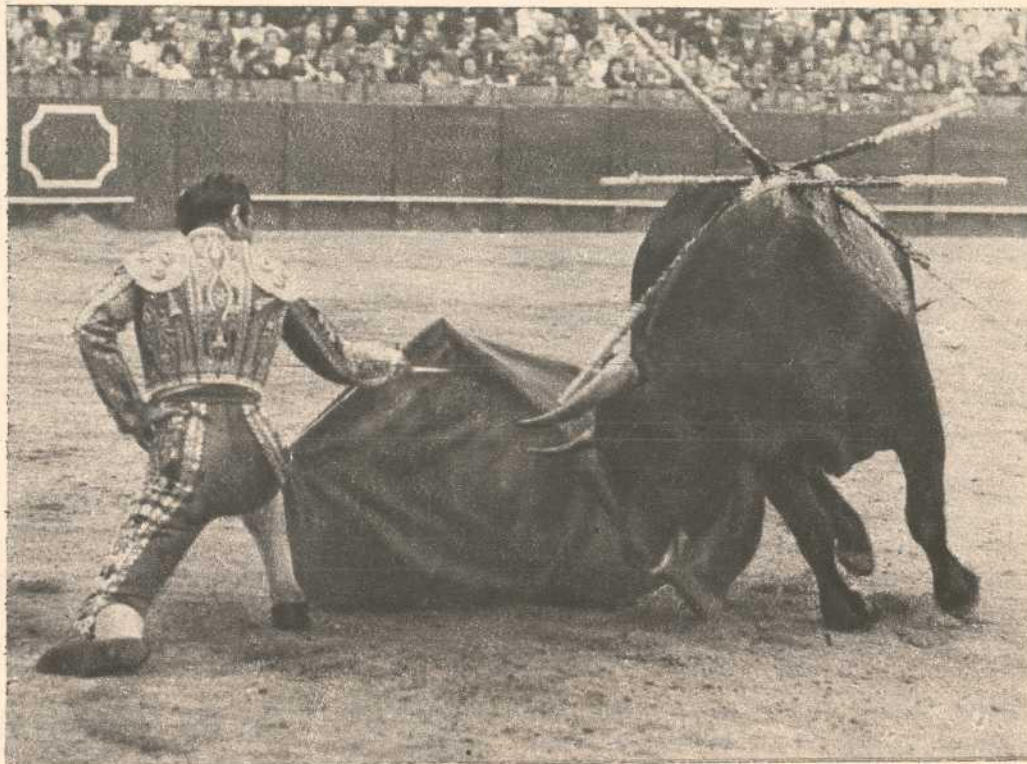
¿Y por qué de rodillas?, vuelven a preguntar esos aficionados que en cuanto ven al torero en esa actitud creen que les escamotea el arte de verdad.

Pues torea de rodillas, simplemente, porque en esa postura humilla más al toro bronco y huido; porque así puede dominar sin encorvarse, en una postura de magistral serenidad, más plástica, más bella. Pero ya vamos a complacer a los que tienen ideas fijas. Y podremos ver cómo, sin descomponer la línea, con temple, el torero se levanta al mismo ritmo que torea.

SIGUE el castigo por bajo. El toro —que ha empezado arrancando muy descompuesto— es un mar de áspera bravura, pero la pierna en el ángulo recto y la muleta son los diques que la técnica pone a ese oleaje.

El castigo, sin embargo, no se puede prolongar. Antaño, sí. Cuentan los viejos aficionados —y no hay motivo serio que nos permita dudarlo— que la dureza del toro de ayer obligaba a darle leña desde que salía del chiquero. Pero con el toro disminuido de hoy, bastan tres o cuatro pases que lo doblen bien para que se entregue, jadeantes los ijares, la lengua fuera, el morro desbordante de espuma.

Y como castigar por castigar no tiene sentido, el torero busca, siempre ligando los pases, sin descomponerse, mandando, la línea vertical. El toro ha quedado mermado en su poderío y habrá ganado en igualdad la embestida; habrá aprendido —como se dice ahora— a embestir, por el milagro de una muleta bien templada.



VAMOS hacia el remate de la serie. Paso adelante con la pierna contraria —avanza ahora la izquierda, porque se torea por el lado derecho del toro— a fin de ganarle terreno, de doblarlo por última vez. El animal queda en tal forzada postura, que se ve forzado a levantar las patas traseras y girar sobre las manos para recobrar su posición normal. Un alarde de dominio del matador.

Pero al que vamos a poner reparos. Y es que, hasta ahora, la faena por bajo —emocionante, dominadora, eficaz, torera— ha sido derechista. Yo no voy a negar la valía del toreo con la derecha —¡libreme Dios!—, pero creo que las suertes de muleta tienen su función lógica en la mano izquierda. El toreo con la derecha puede ser muy bello y hasta necesario —aunque «Paquiro» diga de él que es indicio de miedo, y el viejo Domínguez le llame «toreo de Mary Jue»—, pero no se puede basar en él una faena importante.

¡Esa izquierda, Antonio! ¡A ver esa izquierda!



CINCO o seis pases han bastado para este principio de faena. Tras el remate no queda ya más que irse. No por enmienda, sino para buscar terreno propicio al cite y dejar que el jadeo del animal se serene un poco. Por muy duro que el toro sea, siempre hay que cuidarle; mejor dicho, cuidar la lidia para que no se desluzca y aplebeye.

Con Antonio Ordóñez no hay cuidado. Ha salido de la dureza de estos pases iniciales —los más difíciles, porque son los que acoplan toro y torero y marcan rumbo a la faena— con la ropa intacta, con el gesto holgado, sin despeinarse, sin una mancha.

En el garbo con que el matador se va del toro, en la sandunga con que le anda, en el aspecto dócil del animal que sigue claramente dominado a la muleta, está resumiendo ese acoplamiento de bravura y arte que hace posible la espléndida y milagrosa realidad del toreo.

El tendido estalla en júbilo. Antonio va a citar para una nueva y ligada serie, adentrado ya en la verdad de la faena. La muleta —compañía y arma, torera hasta en el adorno— siempre ante los ojos del toro, mientras una gran ovación estalla en la Plaza.



UNA vuelta airosa, un cambio de mano y un remate sensacional... con la izquierda. ¿Es así? Y el toro hecho un ovillo y siempre con la cara frente a la muleta que ahora —sin trampa ni cartón— torea a su caída natural.

El ciclón que el toro era al empezar la faena templada ahora sus acometidas. Que —como dicen los clásicos— el toro no se quebranta tanto porque pase, sino porque pasa obligado a pasar como quiere el maestro y hasta donde quiere, que es el punto en que se marca el remate.

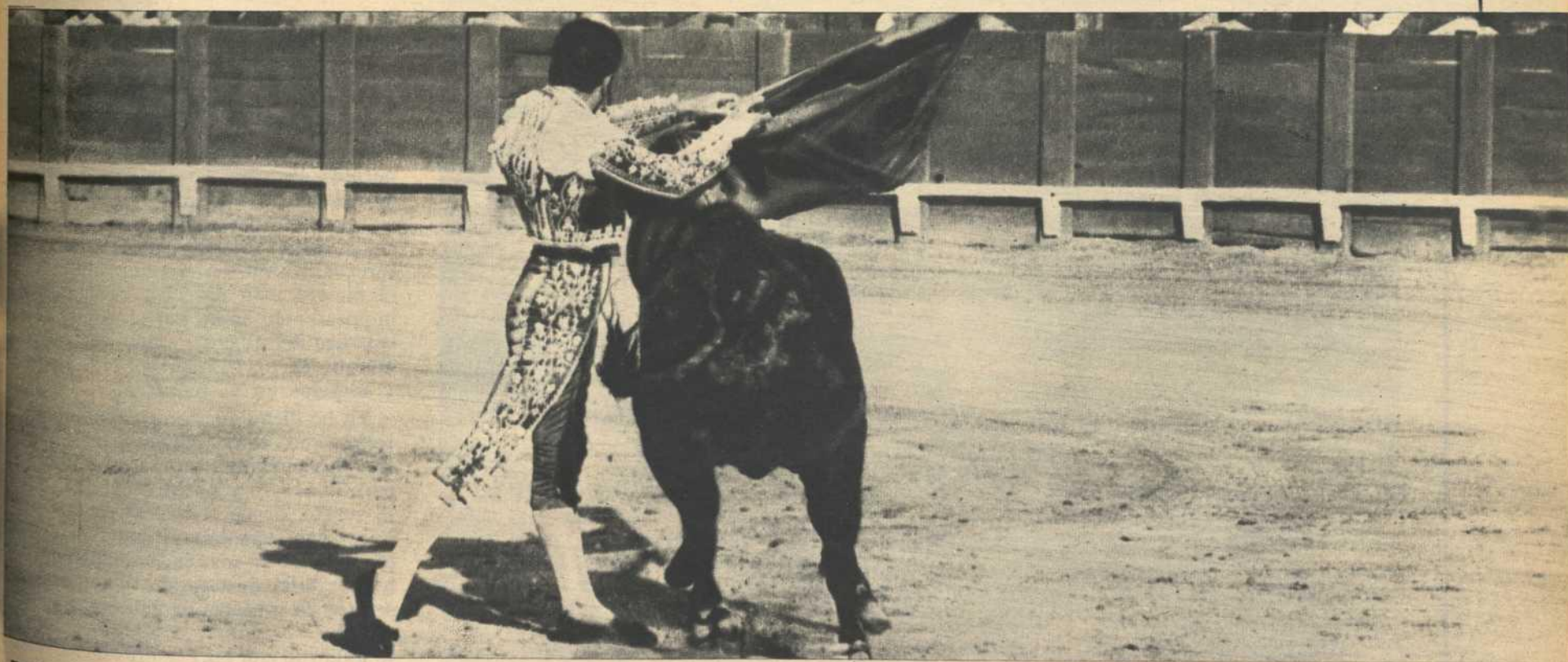
Lo demás, eso de que el toro vaya a su aire y el torero le acompañe, son retozos del animal que va suelto. Lo que realmente tiene fuerza y castiga es llevarlo toreando, es decir, mandado. Es no dejarle que huya, ni se vuelva por el lado contrario, ni enhebre la muleta, sino embarcarlo en la franela, tirar de él y obligarle a seguir y volverse en el sitio donde el matador —como aquí Antonio Ordóñez— quiere que siga y vuelva.



EL AYUDADO POR ALTO

OTRA de las formas clásicas de tomar los toros al principio de la faena es por medio de ayudados; es decir, pases en que los dos brazos torea conjuntamente. En la faena por bajo —que hemos visto hacer a Antonio Ordóñez únicamente sobre la mano derecha— se usaba antaño el ayudado; era la consecuencia lógica de ir al toro como se debe ir, con la muleta en la izquierda y la espada en la derecha; con el mayor poderío y menor extensión que impone el doble juego de los brazos, se doblaba con más fuerza al toro o se le recogía mejor si tenía tendencia a huir. Pero este estilo —emocionante y bello— ha sido postergado, y hoy se torea por bajo a una mano, con lo que si se gana en plástica se pierde en eficacia. Claro es que la eficacia —con los toros que hoy se lidian— está en riesgo de ser demasía en cuanto se pegue duro unas cuantas veces. Seguramente por eso Antonio Ordóñez no incorporó a su toreo, como norma general, el ayudado por bajo. Pero sí, como un bello preludio de faena, el ayudado por alto, en el que logra una plástica admirable.

MAS el diestro no se conforma con esto. No se trata de dar un pase por el que digan: «¡Es Belmonte resucitado!», sino de torear, es decir, de marcar al toro una trayectoria pensada y obligarle a seguirla y a volverse para ligarle el siguiente pase. Es lo contrario del «parón», que muchos llaman despectivamente «poste». El ayudado, tal como lo interpreta Antonio Ordóñez, marca con claridad la trayectoria curva de la embestida de la res, que sigue el viaje empaçada en trazo. Obsérvese la actitud general del diestro: el cite se ha hecho de frente, adelantando la pierna contraria, en este caso la izquierda. Cuando el toro embiste, se gira, cargando la suerte sobre la pierna derecha, mientras los brazos, al unirse con el esfuerzo, realizan uno y otro inversa función, pues mientras el izquierdo torea como en el pase de pecho, el derecho marcha en su suerte natural; si la muleta estuviese en la mano derecha, el viaje del toro se podría prolongar mucho más, alejando el peligro; al estar en la izquierda, este brazo —que cruza torero por delante del pecho— acorta y ciñe la suerte, con la que esta resulta, cuando está bien rematada, mucho más emocionante, mucho más eficaz y mucho más arriesgada.



PERO hasta a la eficacia hay que poner un límite, ya que —como he dicho— son raros los toros que hoy aguantan mucho castigo sin aplomarse y quedar sin faena; por eso sigue Antonio Ordóñez esta bella serie de ayudados, pero con más suavidad, con menos dureza; la muleta ya no obliga al toro a seguir una trayectoria curva, impuesta, con imperio de temple y mando, sino que acompaña al via-

je alegre y natural del toro para desahogarlo, para dejarle ver horizonte y probar su celo y bravura. Que en esto está el mérito de una gran faena; en alternar las suertes de tanteo, castigo y adorno en tal forma que —ofreciendo al espectador una obra sin fisura, ligada, continua y bella— se obtenga la máxima seguridad para el lidiador, no sólo en lo que se refiere al riesgo de ser cogido, sino a la po-

sibilidad de continuar la perfección de su faena; por eso, la muleta, a la que antes hemos visto baja y ceñida, elevada apenas para barrer con su vuelo los lomos de la res, vuela más alegre aquí para animar al toro a que corra y ver si tiene pies y celo bastantes para el momento fundamental de la faena, que ya no admite espera.



EL toro —buena casta y bien templada por la muleta torera— se ha vuelto. Y Antonio ha rematado su serie con un último pase de largura extraordinaria en todo el cual el animal ha ido prendido del engaño. Este se eleva en el momento final del espléndido remate, y los ojos del toro se vuelven atrás para buscar esa llama roja que le burla cuando él la creyó presa segura. La muleta, que una vez pasada la cabeza vuelve a descender para recobrar su posición natural, saldrá limpiamente por la penca del rabo. Y cuando el toro se vuelva, codicioso, jadeante, tomándose un respiro para seguir la desigual pelea, encontrará al torero —menos fuerte, pero más rápido, más ágil, más inteligente— con la muleta en la izquierda para citar al toreo fundamental. He aquí la mejor demostración de que la faena debe ser un todo armónico sin parches ni enmiendas, sin movimientos inútiles ni cambios de mano caprichosos. En buena teoría, la muleta no debe moverse más que en función del toreo que realiza. Por eso es tan clásico este pase ayudado; no solamente por su emocionante plástica, sino porque, lógicamente, sin forzar nada, torero y toro quedan empujados —cuando éste gira para buscar enemigo— para el pase natural.



ANTES de entrar en la glosa del natural —básico en el toreo, fundamental en toda faena de muleta digna de este nombre—, quiero detenerme ante otra versión que Antonio da del pase ayudado por alto, porque es totalmente diferente a las anteriores y tiene variedad de matices muy toreros. No me refiero con esto a que el diestro esté descalzo —necesidad impuesta, sin duda, por el estado resbaladizo del albero—, sino que torea, aunque de perfil, con los pies juntos y metidos en la montera.

Ya he dicho en algún momento anterior que, como norma general, no soy partidario del toreo a pies juntos, pero lo acepto y aplaudo cuando toda la suerte, desde el cite al remate, se hace con absoluta inmovilidad de pies; así no se manda, indudablemente, por falta de base de sustentación, pero se da muestra de gallardía; y, en este caso concreto, se adereza el gesto gallardo con los granitos de sal que tiene ese gitano poner los pies en la montera, en demostración de inmovilidad absoluta. La muleta se eleva en un pase de telón. Deja libre paso al toro de pies ligeros; no es momento de dominio sino de adorno, plena, graciosamente conseguido, acreedor de inúmeros «olés» flamencos.



BOGOTÁ.—José María Clavel torea de capote a su segundo, quinto de la tarde, de la ganadería de Mondoñedo, propiedad de Fermín de Santamaría

«EL VITI»: Superó la noción que en Bogotá se tenía del temple

«JOSELILLO DE COLOMBIA»: Intolerable lluvia de guijarros

BOGOTÁ. (De nuestro corresponsal.) Pobre ha sido el balance artístico de la tercera de temporada, si tenemos en cuenta las condiciones del encierro de Mondoñedo, la opaca actuación de «Joseillo» y la reaparición de José María Clavel, que cumplió. Como excepción, el debut de Santiago Martín «el Viti» que, con su recia personalidad, profunda concepción del torero y dominio de las suertes, ha llegado hasta nosotros para esclarecer el verdadero significado de la palabra torrear. Lleno impresionante, tarde lluviosa y una afición que se había volcado para juzgar a un torero, fueron el ambiente de esta corrida.

«Joseillo de Colombia».—A nuestro pesar, hemos de reconocer el ocaso del torero ante un público que le dirigió desde una pita de órdago hasta una reprochable lluvia de guijarros. Es su primero un toro levantado que llega a la muerte con la cara alta y media arrancada; el diestro, indeciso, sin centrarse ni aguantar —que era precisamente lo que el animal requería—, intenta abreviar con pases sobre la derecha y algunos por alto, aliña y despacha de media estocada al segundo envite. Su segundo es abanto de salida; llega al último tercio frenando en mitad de la suerte, mirando al tendido y buscando las tablas; faena a base de valor, sin más mérito.

José María Clavel.—Ha de entenderse con el lote más aceptable del encierro. Y le vemos faenas limpias, con momentos de exposición y destellos de arte, aunque no llega a redondear el triunfo. Su primero puntea por el pitón derecho. Clavel le saluda a la verónica antes de dejarlo a los montados, de los que recibe una vara volviendo la cara; quite por chicuelinas del diestro, que coloca tres pares, de los que el último tiene mejor factura. Llega el animal al último tercio acentuando el pésimo estilo de sus derrotes, y Clavel alivia para agarrar pinchazo y estocada delantera que basta. Palmas al diestro y pitos al toro. El quinto —el mejor del encierro, bien puesto de cabeza— recibe un puyazo; el matador prende un par, desistiendo luego de intentar otro y salir comprometi-

tido. Torea sobre la derecha sin llegar a calentar al respetable y deja media caída que pone fin a su grisácea labor.

«El Viti».—Matador pleno de personalidad, maestría y enjundia toreras. Sus faenas han dado medida justa de plasticidad, de dominio absoluto sobre la bestia; superó la noción de temple que hasta este momento tenía la afición bogotana, que coreó su actuación al grito de: «¡Torero!...» Si cuarenta pases tenían sus toros, esos exactamente les dio el salmantino.

Su primero es berrendo en negro, ligeramente bizco del izquierdo, y suave de embestida. «El Viti» da en verónicas una lección de temple y mando, bajas las manos y abierto el compás, para rematar con media superior. Un puyazo y, bien banderilleado el toro, pasa a manos del matador, que se hace dueño de la plaza con la más reposada y artística faena, en la que naturales y pases con la derecha se ligan en repetidas series rematadas con el de pecho o con faroles de la más luminosa hechura. Se perfila a matar de manera sorprendente y, marcando los tres tiempos, pincha dos veces para dejar en la tercera una estocada de clásica ejecución. Ovación de las grandes y vuelta al ruedo.

Cierra plaza un cárdeno oscuro, bien puesto de cabeza, pasado de años y con defectos en la vista. Recarga al caballo, romaneando y metiendo los riñones —de donde colijo que es el único que peleó en petos, ya que los otros cinco tuvieron que



MEDELLÍN.—Manolo Zúñiga torea para la galería al jabonero que le correspondió en segundo turno en la segunda de la Candelaria

ser picados en la querencia—, pero el público protestó sus defectos ante el Palco Máximo con tremenda bronca, que no se aquietó hasta que ve a «El Viti» con la flámula en la diestra llevar a su enemigo a los medios para torear a media altura con una profundidad, un dominio y un arte como él sabe hacerlo. Las ovaciones levantan clamores y por segunda vez en la tarde el grito de «¡Torero! ¡Torero!...» se escucha en la plaza. Entra a matar al clásico volapié, dejando gran estocada de efectos fulminantes. Ovación al torero y pitos al toro en el arrastre.

GERMAN CASTRO CAICEDO

Orejas a Oscar Cruz y «Vázquez II»

Buen encierro de «Aguas Vivas» y desconcertante presidencia

MEDELLÍN. (Especial para EL RUF. CO).—Tres cuartos de entrada para la segunda corrida de la Candelaria, el pasado día 10. Alterna «Rovira» con los colombianos Manolo Zúñiga, «Vázquez II» y Oscar Cruz.

Lo más destacado del festejo fue el conflicto del que fue protagonista el asesor, al ordenar la vuelta al corral del primero de la tarde, cuando aún no habían salido al ruedo los picadores. Y aunque se anunciaron ocho toros, únicamente se lidiaron siete, ya que sólo había un sobrero y se ordenó también la vuelta a corrales del último. El único toro lidiado por Oscar Cruz mereció la vuelta al ruedo, que no fué concedida; fue el cuarto y cumplió con nobleza en todos los tercios; los corridos en los turnos tercero, quinto y sexto apretaron en petos y fueron toreables.

Raúl Ochoa «Rovira».—Cambiado su primero, como hemos dicho, le tocó el sobrero de «La Gitana», que cumplió con los montados. Se hace aplaudir el peruano con la capa, pero



MEDELLÍN.—Despegadillo y toreado con el pico de la gran muleta, Oscar Cruz en un momento de la faena de su éxito en Medellín

no con la muleta, ya que el animal tiene mucho temperamento y descompone al matador. Estocada caída. En su segundo, de «Aguas Vivas», oye palmas al torear con el percal rodilla en tierra, pero al final abrevia por las condiciones del bicho; estocada trasera y luego una hasta la bola de excelente ejecución. Palmas.

Manolo Zúñiga.—Puso voluntad, pero equivocó su faena primera. El toro tenía condiciones para hacer labor torera, pero Zúñiga toreó por alto cuando debió echar la franela abajo y... pinchazo, media y entera que mata. Palmitas. En su segundo, un jabonero claro, tardo de embestida y reparado de la vista, logra pases aislados, series para la galería y adornos antes de pinchazo y dos estocadas.

«Vázquez II».—Torea con majestad de capa a su primero. Al final hace alardes de valor al pasar un toro, poco picado, para adornarse luego con regocijo de la galería; estocada entera, ovación y oreja. Pero aún estuvo más valiente en su segundo, que llegó con mucho poder a la muleta; pases por alto, adornos, molinetes y buena estocada. Petición de oreja.

Oscar Cruz.—Recibe en su primer turno al mejor toro del encierro y se luce en admirables verónicas, que dejan en la Plaza de «La Macarena» un ejemplo de buen torear. Faena sobre ambas manos, mandona y artística, amenizada por la música y las ovaciones. Estocada en lo alto que vale las dos orejas y dos vueltas al ruedo. Su segundo, que cerraba plaza, fue devuelto a corrales, dando margen a una bronca de las de verdad. El palco presidencial fue desocupado por las autoridades antes de que terminase el espectáculo.

¡¡CURRITO!!



LA ESPERANZA MAS VIVA DE LA AFICION

Vergüenza pundonor y lo que hay que tener

MEJICO

(De nuestro corresponsal).—Cual si se tratara de un personaje de la tragedia griega, Diego Puerta protagonizó en el Coliseo taurino de la capital mejicana, una obra de lo más intensa que en la épica clásica hubiera podido representarse. Episodios de dramatismo pleno fueron vividos por el de San Bernardo en la décima función de la temporada hispanomejicana, en el coso grande de la antigua Tenochtitlán.

Con sangre, con obstinación, con porfía de alucinado, Diego buscó en forma muy subjetiva el triunfo que por su sitio en la tragi-tauromaquia creía necesario, máxime actuando ante la primera autoridad de la nación.

Y digo que buscó el triunfo en forma muy subjetiva porque lo razonable, lo que la mayoría de los toreros hubieran realizado, habría sido el toreo por la cara, ante las dificultades que presentaban las reses de Las Huertas, las menos propicias para obtener algún lucimiento.

Pero Diego demostró un sentido de responsabilidad muy suyo y se jugó la vida una, y otra, y otra vez ante los bureles de don Luis Javier Barroso, para no representar un mal papel ante cuarenta y siete mil espectadores, al frente de los cuales estaba, como un aficionado más, en una contrabarrera de sombra, el Presidente de Méjico, licenciado don Adolfo López Mateos.

DIEGO PUERTA se prestigia en dramática porfía

A fuerza de arrojo, de andar por los aires más que a pie, sufrir un puntazo y tener a los espectadores bajo la amenaza de un síncope cardíaco —a fuerza, en definitiva, de exponer su joven vida—, salió Diego victorioso una vez más de la Plaza, en la que, pese a la congoja, todos los aficionados ponderaron sus cualidades varoniles y la forma, subjetiva en Diego, de alcanzar el triunfo.



Brindis al Presidente de Méjico, licenciado don Adolfo López Mateos, que como un aficionado más presencia la corrida en una contrabarrera de sombra. Diego Puerta lleva vendada la pierna derecha.

Pero, amigos, nosotros, viendo las cosas con más serenidad, de cerca, ya que tuve que ayudar a Camará a reanimar al diestro entre

barreras—, y más objetivamente, tenemos que advertir a Diego la forma innecesaria en que se jugó la vida. El no necesita hacer alardes temerarios para mantener su categoría de lidiador completo, artista y valiente. Acababa de triunfar ruidosamente en esta misma Plaza, y de sobra era conocida su honradez por todos los asistentes que pudieron verle —¡eso sí!— en otra tarde memorable, de verdadera epopeya.

¡Claro que si no hubiera actuado el mozo como lo hizo, no sería Diego Puerta! Esto es lo que el sevillano nos decía al terminar la corrida. Así que, como pueden ustedes apreciar, si subjetivo fue su modo de llevar la lidia, también es muy «sui generis» la forma que tiene el torero de San Bernardo de apreciar las cosas. ¡Vamos a acatar los razonamientos de Diego y decir: «Llor a los valientes.»

¿Y qué diremos de Jesús Córdoba? Solo unas líneas para justificar su falta de éxito completo, por las malas condiciones de sus enemigos. Solo algunas pinceladas de ese toreo luminoso que aún posee el de León.

En cuanto a Jaime Rangel, otro tanto. Sin olvidar que al último pudo sacarle más partido, pues sin ser un toro de bandera —ya que arrollaba en la embestida—, ofrecía más posibilidades que sus hermanos para haberle sacado buen partido.

JUAN DE DIOS



Diego Puerta es cogido y lanzado dramáticamente por el toro primero de su lote de Las Huertas en la corrida de la México, en que refrendó su sobrenombre de «Diego Valor».



Media verónica de Jesús Córdoba, que no pudo lucirse demasiado. Solo destellos, como el que muestra esta fotografía.

La pregunta que apasiona al mill

"El Viti": Igual O Superior

Una encuesta entre los que saben de



DE «JOSELITO» Y BELMONTE

a



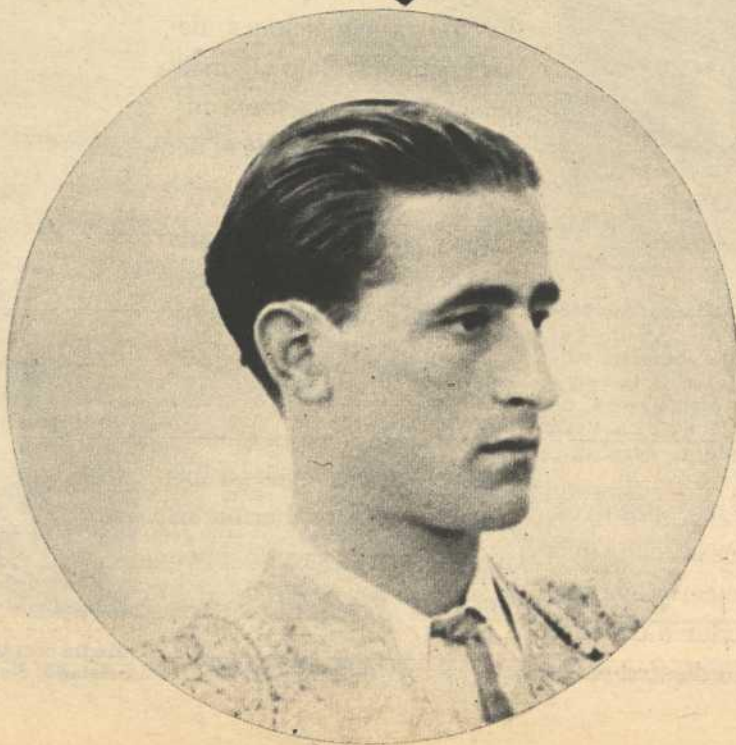
ORTEGA Y «MANOLETE»

y de estos

a



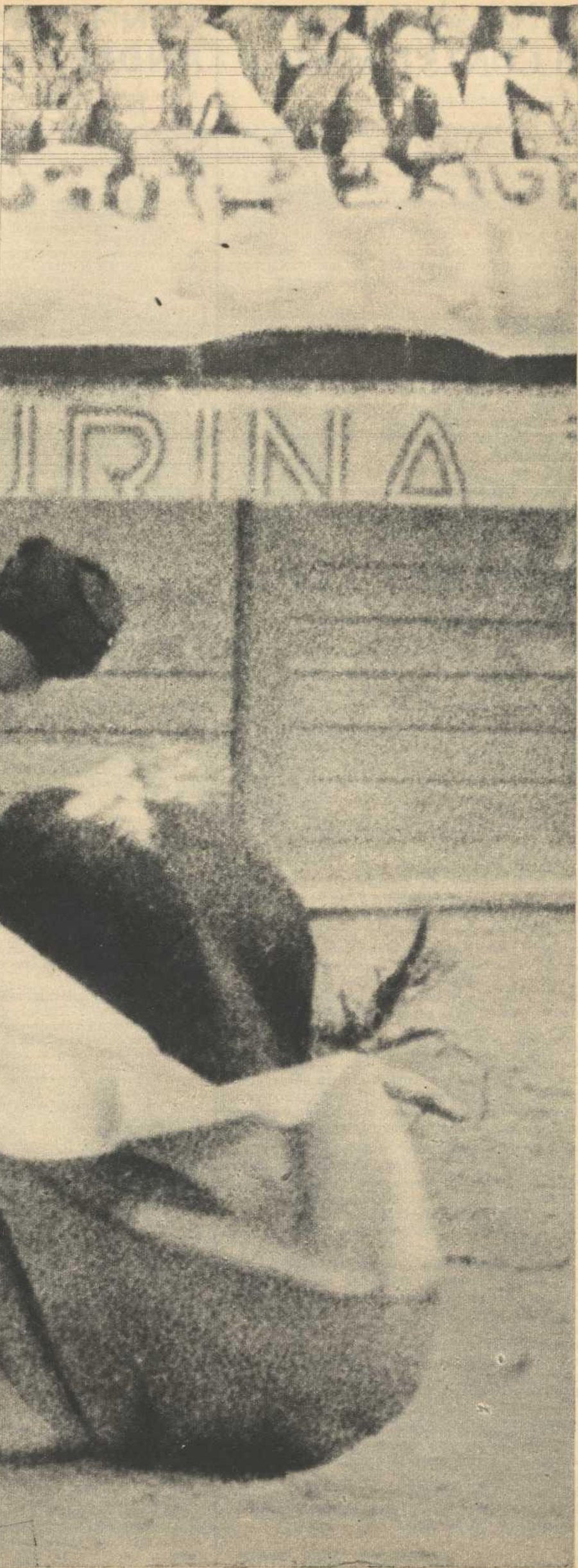
**«YO QUIERO
SER MEJOR
QUE "EL VITI",
DECLARO
SANTIAGO
MARTIN "EL
VITI"»**



LA prensa de Sudamérica, impulsada por los sensacionales triunfos alcanzados por «El Viti» en aquellas plazas, dedica sus mejores páginas al «suceso», que pone el nombre del diestro castellano a la altura de los grandes toreros que hicieron época.

mujillo taurino

¿Manolete? toros en Medellín



rica,
ensa-
anza-
ellas
s pá-
ne el
llano
tore-

AUN HAY CASTA EN ALGUNAS VACADAS

AL fin, reses de Isaías y Tulio Vázquez, si no en el ruedo madrileño —¿por qué se les ha cogido tanto asco a estos astados?—, en una Plaza de cercanías. Para el caso, lo mismo. Lo importante, que una vez más nos dejaron satisfechos. Sin llegar a exageraciones, que en cuanto al toro no cedemos; bastante hemos transigido ya en otros aspectos de la Fiesta para ponernos al día. Precisamente por el crédito del hierro se acrecentaba la severidad de las anotaciones que cabal y puntualmente fuimos haciendo. Fueron estas:

Primero.—Con tipo y leña. Hizo cosillas feas en su corroteo inicial, pero fue pronto y alegre en la primera vara, que soportó con apretura, terminando por salir suelto. Análogo comportamiento en el segundo encuentro. Dos puyazos más, uno en dos tiempos, sin reducción del ímpetu ante el castigo; con tendencia a marchar en las salidas, pero ya sin irse. Picado bien, siempre arriba, habría de ir a más; impetuoso, fuerte. (Aplaudido.)

Segundo.—¿Qué preciosidad de novillo! Salió lento, mirando, encampanándose, como presumiendo de su estampa. «¡Eso es trapío!», nos decimos. Estalla la ovación. Va muy alegre al primer encuentro, acusando poca fuerza, y manifestándose de igual modo en el segundo. No así en el tercero, pues cabeceó ligeramente, reaccionando con bravo empuje en el cuarto. A la muleta llegó superior; con la embestida larga y clara. (Ovación al ser arrastrado y paseado por el tronco.)

Tercero.—También bonito, enmorrillado, abrochado y corto de cuello. Echa las manos por delante y la cabeza arriba (nadie se preocupó de esto). La primera vara es larga, aguantando el novillo, más que apretando. Otra con ímpetu algo más decreciente. Vuelve a cabecear en otros dos puyazos, pero sin irse. Se le revolvió la casta y llegó fuerte a banijérrillas. Echaba la cabeza por alto y el peonaje, lejos de comportarse adecuadamente para corregir el defecto, también echó los capotes hacia arriba. Al último tercio llegó recrecido, pero embistiendo bien. Como los anteriores, fue muy bien picado. (Aplaudido.)

Cuarto.—Grandote, con mucho morrillo y ensillado. En la primera acometida no apretó mucho, y en la segunda reculó, pero volvió al ataque y se dejó pegar con fuerza; así tres puyazos en uno. Otro más; otro, sin tardar, sin volver nunca la cara. (Lector: ¿te das cuenta del número de varas que llevamos registradas?) Si en el primer tercio le apreciamos defectos para la gente de a pie, luego habría de comportarse noblemente, embistiendo pronto y bien. (Aplaudido.)

Quinto.—Otro mozo, que habría de ser el único al que se le picaría en distintos terrenos; más bien por deficiencias en la lidia, pues el astado nunca rehusó los encuentros. Cuatro varas, cumpliendo acaptablemente. Mal toroado, venceríase luego por el pitón derecho, mas por el izquierdo embiste francamente bien. (Aplaudido.)

Sexto.—Terciado, amoruchado, con pitones. No soportó más que dos varas, andando tan escaso de fuerza como en afanes para luchar. Sin complicaciones para los toreros, aunque corto de embestida. (Al final el mayoral tuvo que salir al ruedo para saludar, correspondiendo a los aplausos del público.)

¿Qué bien se picaron los novillos! Bien es verdad que, por pelesones, se ponían solos es suerte. Lástima del prolongado encierro en las corraletas, sobre nieve, hielo y barro; de otro modo, posiblemente su poder se hubiera manifestado más ostensiblemente. Ese poder que echamos de menos en la pelea. Y no digamos cuánto hubiera contribuido también a su mayor lucimiento una lidia más ordenada y adecuada.

¡Ah!, solamente uno se cayó. Una vez; reponiéndose rapidísimamente. Fue al resbalar en el patatal, que no otra cosa era el ruedo de la Plaza. Así, pues, ausencia absoluta de isquemia, piropasmosis, u otro de esos desgraciados males que parecen aquejar a las reses de otras ganaderías. ¿Será que la casta inmuniza contra aquellos al toro de lidia?

DON JUSTO

CONFERENCIA DE ANDRÉS TRAVES

Como continuación del ciclo de conferencias organizadas por la Peña Taurina «Los de José y Juan», el pasado día 15 pronunció don Andrés Travesi la suya sobre el tema «Cómo evoluciona la Fiesta de toros».

El señor Travesi se refirió primero al giro regresivo de todo lo que se refiere a la Fiesta taurina y censuró los rumbos que la misma toma, impuestos por quienes más debieran tener en cuenta la pureza de la Fiesta nacional.

Se refirió a la disminución en poder, tamaño y edad de las reses de lidia y manifestó su creencia de que en esto tiene gran parte de culpa el público. «Así en el toreo —dijo— nos vamos alejando del templo para aproximarnos al teatro. No obstante, los aficionados estamos obligados a exigir el toro íntegro: con poder, raza y casta.»

El señor Travesi continuó apuntando interesantes aspectos de la Fiesta taurina en la actualidad, que merecen la pena de ser estudiados a fondo.

LA PROXIMA TEMPORADA EN VISTA ALEGRE

De regreso de América el apoderado de Andrés Vázquez y coempresario de la Plaza de toros de Vista Alegre, don Antonio García, se da como seguro que dicha inauguración, si el tiempo no mejora mucho y permite realizarla antes, se celebrará en el próximo mes de marzo. Se tiene el propósito de comenzar con dos corridas de toros y se cuenta ya con ganado de Arcadio Albarrán y Albaserreda.

APODERAMIENTO

Manuel Murcia «Manolé» ha conferido poderes al conocido hombre de negocios taurinos Francisco Chaves Moreno.

CURRO ROMERO EN MEJICO

El próximo día 24 hará su presentación en la capital de Méjico, alternando posiblemente con Joselito Huerta, el matador de toros Curro Romero.

FESTIVAL BENEFICO

El festival benéfico que patrocina todos los años la excelentísima señora doña Carmen Polo de Franco en Madrid se ha ido retrasando a causa del mal tiempo. En estos días se está ultimando el cartel, posiblemente a base de un mano a mano torero de gran interés para el público. El ganado será de primera categoría.

«SELIPE», ACCIDENTADO

Don José María del Rey Caballero «Selipe» sufrió una caída que ha hecho que se le encayola-se una pierna. Por fortuna la lesión no es grave. Deseamos al admirado compañero un rápido restablecimiento.

LA TEMPORADA DE ALCALA DE GUADAIIRA

El empresario de la Plaza de toros de Alcalá de Guadaira, don Miguel Moreno, ha decidido comenzar la temporada el día 24 del actual con una novillada. Las reses serán del marqués de Domecq y los novilleros Simoes, Rafalé y Manolo Muriel.

INAUGURACION DE LA TEMPORADA EN VALENCIA

El día 3 de marzo se inaugurará la temporada en la Plaza de Valencia con una novillada de Salvador Guardiola para el rejoneador Josechu Pérez de Mendoza y los diestros Manolo Herrero, Curro Montenegro y «Zurito».

Se tiene el propósito de organizar novilladas todos los domingos. El lunes de Pascua tomará la alternativa «El Suso», actuando como padrino Gregorio Sánchez.

CONFERENCIA DE MANUEL LOZANO SEVILLA

En los locales de los Laboratorios Igoda, Sociedad Anónima, se celebró el pasado viernes día 15 la primera de las conferencias anunciadas para el presente mes de febrero, que fue precedida por unos documentales.

El crítico de TV don Manuel Lozano Sevilla pronunció la anunciada conferencia con el título de «El toreo de ayer y de hoy».

PREMIO DE RADIO JUVENTUD

El premio establecido por Radio Juventud de Valencia para el mejor subalterno valenciano que más destaque en la temporada ha sido otorgado al banderillero Capilla hijo por su actuación durante el año 1962. El premio consiste en un óleo del pintor Soler.

OFRECIMIENTO DE MIGUEL CARDENAS

Por el diestro colombiano Miguel Cardenas han sido ofrecidos al gobernador civil de Córdoba seis novillos de don Benjamín Sorando para que sean lidiados en dicha capital con fin benéfico por un diestro cordobés y el donante.

CONTRATOS DE CHOPERA

En su viaje a América, el empresario señor Chopera ha firmado contratos con los diestros Abel Flores, que será apoderado por don Alberto Alonso Belmonte; Oscar Realme y Fernando de la Peña. Se está en tratos para traer a España otros

TE

MEJICO

TRIUNFO DE LOS TRES MATADORES

MEJICO, 17.—Gran éxito y nuevo lleno en la undécima corrida de la temporada en la Plaza México. Magníficos toros de Valparaíso, bravos y alegres. Sopló fuerte viento en algunos momentos.

Víctor Huerta, que tomaba la alternativa, recibió al primero con buenas verónicas y chicuelinas en el quite. Confirmó su alternativa Manuel Capetillo, siendo testigo Paco Camino, ceremonia que arrancó aplausos. Su labor muleteril fue corta y voluntariosa. Fue cogido aparatosamente, pasando a la enfermería. Capetillo terminó con el bicho de media estocada buena.

Salió Víctor Huerta de la enfermería para enfrentarse con el sexto, al que dio verónicas valerosas. Faena templadísima sobre la derecha, en series bien ligadas y rematadas superiormente por alto entre ovaciones. Pases de adorno. Estocada. Ovación,



Apoteosis del triunfo de José Julio en León (Méjico), donde después de cortar las orejas y los rabos de sus enemigos, fue paseado a hombros entre las aclamaciones del público, que llenaba el coso

oreja, petición de otra y pase a hombros.

Manuel Capetillo instrumentó en el segundo buenas verónicas. Faena en que sobresalieron varios con la derecha y algunos naturales embarullados por el viento, que molestaba mucho. Terminó doblándose con su enemigo. Estocada tendenciosa.

Gran faena de Capetillo en

LE

el cuarto, sobre la derecha templando circulares, en series muy largas. Naturalmente templadísimo en varias series entre ovaciones, música y gritos de «¡Torero! ¡Torero!» No se lució al matar. Al toro se le arrastró lentamente.

Paco Camino recibió con bellas verónicas al tercero. Brillante faena sobre la derecha, templando en series muy ligadas con el cambio de muleta por la espalda y pase de pecho, entre fuertes ovaciones. Con la izquierda ejecutó naturales templados, ligados con el de pecho. Estocada que bastó. Ovación, once, dos vueltas al ruedo y ludos desde los medios. Quinto, difícil y con gemido lo lidió en buena forma, despachó de dos pinchazos estocada entre aplausos.

Ha resultado la mejor corrida en lo que va de temporada, ya que triunfaron los tres espadas, Manuel Capetillo, Paco Camino y Víctor Huerta y los excelentes toros de Valparaíso.

OREJA A JOSE JULIO ACAPULCO, 17.

buena entrada se lidiaron toros de Zacatepec, regulares. Jesús Córdoba fue ovacionado en el primero. En el cuarto hizo buena labor con la franela para pinchazo y estocada. Ovación.

El diestro portugués José Julio fue el triunfador de la tarde. Recibió al segundo con valentísimas verónicas y media. Colocó tres superiores pares de banderillas. Buena faena, principalmente con la mano diestra, ligando valientemente series de redondo, rematados por alto. Pases de otras marcas y desplantes temerarios. Estocada. Ovación, oreja y dos vueltas al ruedo. En el quinto fue ovacionado con el capote. Volvió a clavar tres pares de banderillas excelentes. Faena de mucho exponer en que logró sacar magníficos muletazos a su quedado enemigo. Dos pinchazos y estocada. Ovación, petición de oreja y vuelta.

Raúl García estuvo valiente y torero en el tercero, que no se prestaba al lucimiento. Breve con el estoque. Ovación. En el último veroniquero bien, siendo aplaudido. Banderilleó con acierto. Lució labor con la franela, de que destacaron dos series derechazos templados. Pinchazo, estocada y descabello. Ovación y vuelta.

GRA

MAS

UNAS SEVILLANAS QUE VALIERON SEIS MIL DOLARES

• CHISPITAS •

Se concede demasiada importancia al «mitin» que dio Luis Procuna en la Plaza monumental de México el día 10 del actual.

Ni que fuera la primera vez que un torero queda rematadamente mal. Y más en el caso de Luis Procuna, tan parecido al «Gallo» en lo de las frecuentes «espantás».

...

Cierto torero que no pertenece al grupo de los «leídos y escribidos», tan numeroso hogaño, se queja amargamente de que la prensa taurina se ocupe tanto de «Metastrongilidos» y «Tromboarteritis obliterantes». Y afirma:

—Si para ser torero hay que aprenderse esos nombres, me voy a tener que dedicar a otra cosa.

...

En Arlés (Francia) se va a celebrar el encierro por las calles, al estilo de Pamplona, de los novillos que serán lidiados allá el próximo día 13 de abril.

Por lo visto, en Francia no se conforman ya con que las reses tengan las astas sin manipulaciones fraudulentas, al estilo de España, sino que también quieren presenciar los encierros por las calles.

Oh, la, lá.

...

Se ha publicado la clasificación de matadores de toros, novilleros y rejoneadores para la actual temporada. Está muy bien.

Ahora, el que tiene la palabra —o, mejor dicho, los cuernos— es el toro, que de verdad clasifica a todos los diestros. ¿O no?

...

En el grupo especial hay menos toreros que los pasados años. En cambio, hay mayor número en el primero.

Es igual. Unos y otros se pueden llamar de tú y de tu-ru-tu-tú, que dijo el gran «Larita».

...

Confesamos que sentimos debilidad por los subalternos del toro, a los que consideramos tan artistas, valerosos y diestros como al más empingorotado matador. Claro que sí.

...

Esos espadas —que los hay— que no dejan ni siquiera saludar a sus peones y picadores cuando son ovacionados por el respetable, por considerar que son palmas que les restan a ellos, son, cuando menos, unos pobres de espíritu.

...

Nunca es tarde. Estamos seguros de que un «avis a vis» Puerta-Camino con miras sería un auténtico éxito de taquilla en Madrid, Sevilla, Barcelona, Valencia, Pamplona, Zaragoza y San Sebastián. Y en el resto de las Plazas del mundillo taurino.

...

Y la paz.

Manuel LOZANO SEVILLA

OVACIONES A CURRO ROMERO

G U ADALAJARA, 17. — Buena entrada. Toros de Torrecilla que cumplieron. Fuerte viento.

Luis Procuna, que había sido aplaudido en el primero y en el cuarto, regaló un séptimo toro con el que fue ovacionado con el capote. Colocó tres pares de banderillas excelentes. Faena artística por alto y pases de otras marcas; pinchó varias veces antes de dejar la estocada. Ovación.

Joselito Huerta a penas cumplió en el segundo. Fue aplaudido en el quinto por su valentía.

El diestro español Curro Romero, que se presentó ante el público mejicano, lidió al tercero, difícil, en medio de fuerte viento, despachándolo sin lucimiento, pero con prontitud. Con el sexto dio artísticas verónicas. Ovación. Gran faena sobre la derecha en series que remató con el cambiado por alto. Naturales estupendos y pases de adorno entre ovaciones. Falló lamentablemente con el acero. Cerrada ovación.

TRIUNFO DE PUERTA

MONTERREY, 18. — Con lleno total se lidiaron un toro de Piedras Negras, para el rejoneo, y seis de Soltepec, que dieron buen juego.

El rejoneador Bobby Arreola, regular con rejones y banderillas. Mató con el rejón de muerte. Ovación y saludos.

Félix Briones, con lo menos bueno del encierro, cumplió en el primero de lidia ordinaria y fue ovacionado en el cuarto.

El diestro español Diego Puerta confirmó nuevamente el cartel de triunfador en esta Plaza. Al segundo le ejecutó magníficas verónicas haciendo un quite por chicuelinas estupendo. Ovaciones. Con la muleta rayó a gran altura: derechazos y naturales en series estupendas, con el pase de pecho como remate. Ovaciones. Pases de la firma y de otras marcas para estocada. Ovación, dos orejas y tres vueltas al ruedo entre aclamaciones.

Con el quinto volvió a armar la escandalera con el capote. Gran faena con pases de todas marcas, con temple y mando, entre aclamaciones. Estocada. Ovación, dos orejas y tres vueltas al ruedo. Al final salió a hombros.

El diestro español, Juan García «Mondeño», veroniquéó estoicamente al tercero. Ovación. Excelente faena por derechazos, aguantando mucho; de pecho y pases de otras clases entre ovaciones. Estocada. El toro tardó en doblar. Dos intentos de descabello, por lo que perdió la oreja. Dio vuelta al ruedo. Con el sexto, con mucho genio, fue aplaudido con el capote. Buena faena, destacando dos series de derechazos. Falló con el estoque. Aplausos.

OREJA A BERNADO

NOGALES, 17. — Se registró un lleno en la inauguración de la temporada, con toros de la viuda de Franco, que cumplieron.

Juan Silvetti estuvo valiente en el primero, siendo ovacionado. Fue aplaudido en el tercero. Regaló un quinto toro, muy difícil, por lo que lo despachó con brevedad. Palmas.

El diestro español Joaquín Bernadó, muy artista al veroniquear al segundo. Ovación. Buena faena, con toda clase de pases, entre ovaciones. Pinchazo y estocada. Ovación y dos vueltas al ruedo. Al cuarto lo recibió con primorosas verónicas. Ovación. Faena aclamada, con series de derechazos y naturales muy templados, rematada cada serie con el de pecho o con el cambio de muleta por la espalda. Ovaciones. Estocada. Ovación, oreja, petición de otra y salida a hombros.

COLOMBIA

SOLO UN TORO SE LIDIO

BOGOTA, 17. — Con lleno completo, y habiéndose agotado las localidades desde mediodía, se celebró la cuarta corrida de la temporada, cuyo atractivo se basaba en la reaparición del torero español «El Viti», que el día de su debut obtuvo gran éxito.

Un torrencial aguacero impidió que se celebrara la corrida completa, lidiándose únicamente el primer toro, que correspondió a Pepe Cáceres.

Cáceres realizó brillante faena con el capote y la muleta, matando pronto. Ovación. El toro, de la ganadería de «Clarasierra», fue bravísimo y aplaudido en el arrastre.

La corrida se suspendió en vista del aguacero.



En Cali (Colombia), con motivo de sus tradicionales ferias, se celebró una gran velada a beneficio de la Cruz Roja, donde todo tenía precio, un alto precio por la puja establecida entre los miles de espectadores que dieron calor a la simpática y caritativa fiesta. Y surgió el chispazo de los españoles por obra y gracia de dos ex matadores de toros: Félix Rodríguez, hoy ganadero y empresario en Colombia, y Antonio García «Maravilla», el popular hombre de negocios y apoderado del diestro Andrés Vázquez. Los dos toreros se lanzaron al ruedo de la pista y brindaron unas sevillanas, que valieron seis mil dólares. Y ¡olé!...

ANDRES VAZQUEZ Y "MARAVILLA"

han regresado a España

Satisfactorio final del
incidente de Cúcuta

ANDRES Vázquez —buena cosecha de orejas en América del Sur— y su apoderado, Antonio «Maravilla», están en Madrid. Nos han visitado en EL RUEDO, y después de las enhorabuenas y bienvenidas, la pregunta viene por sí sola:

—¿En qué acabó el incidente de Cúcuta?

—En que todo se aclaró satisfactoriamente. Sergio Flores, secretario de la Asociación de Matadores de Toros y Novillos de Venezuela, que nos había acompañado a Cúcuta, vino de nuevo a esta ciudad, donde Andrés y yo estuvimos detenidos cuarenta y ocho horas en el hotel, y después de hacerse cargo de los gastos sanitarios causados por la herida de Andrés en el Hospital Central de San Cristóbal, quedamos en libertad de acción para trasladarnos a Bogotá, y de allí a Madrid.

—Entonces ¿cómo pudo surgir el incidente?

—Lo produjo la actitud del empresario de San Cristóbal, Juan Gómez, que se negó a pagar los derechos hospitalarios y no se le ocurrió cosa mejor que decir al Hospital que nos denunciase por estafa, cuando la realidad es que era a la Asociación a quien correspondía hacer el pago.

—¿Cuál fue la actitud de Sergio Flores?

—Correctísima. El se encargó de aclarar ante el Hospital y ante la opinión de los periódicos —que publicaron grandes titulares en defensa del torero español— que cuando se presenta algún problema sanitario a algún asociado, venezolano o extranjero, la Asociación corre con los gastos, pues en España se hace lo mismo cuando la dificultad la tiene un diestro venezolano. Sergio Flores hizo responsable a la Asociación de Matadores ante el director del Hospital y solicitó de este que solicitara que la intervención de la Digepol cesase.

—¿Y qué han dicho al empresario?

—Los toreros venezolanos procederán a vetar la Plaza de San Cristóbal. Y no solamente deben hacerlo por la irresponsabilidad del empresario, sino por la falta de condiciones sanitarias de la Plaza. Habría que hacer un convenio internacional que prohibiese los espectáculos taurinos en las Plazas que no tuviesen enfermería. Esto es bochornoso y peligrosísimo.

—Olvidemos el incidente.

—Ha tenido la contrapartida de que hemos recibido muchas manifestaciones de afecto y hemos dejado muy buenos amigos en Cúcuta. Por lo demás, la excursión americana de Vázquez por Perú, Lima y Venezuela ha sido simpática, afortunada y subrayada por el éxito. ¿Qué más podemos desear?

—Lo que les deseamos. Buen ánimo y suerte para la cercana temporada española.

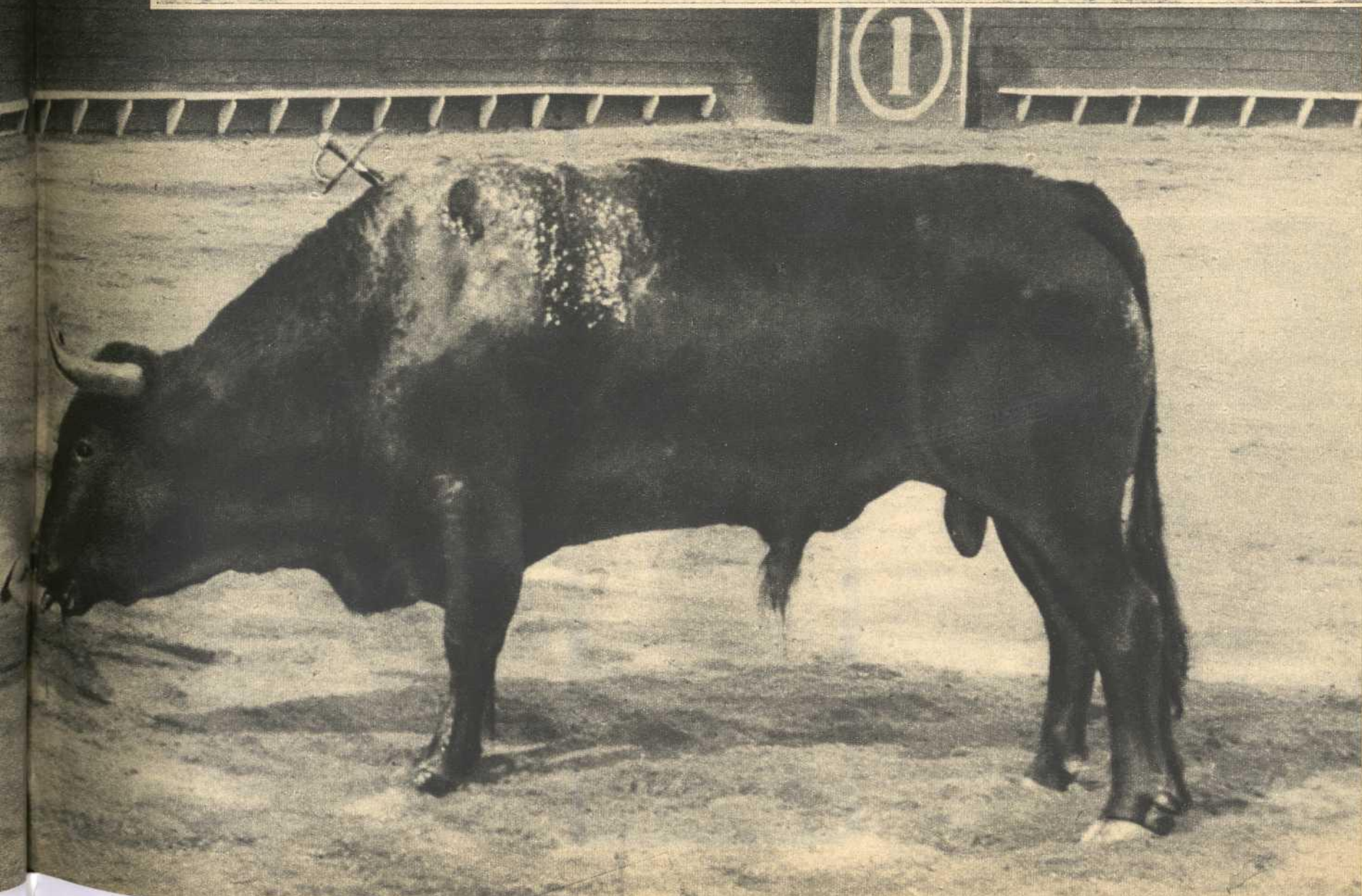
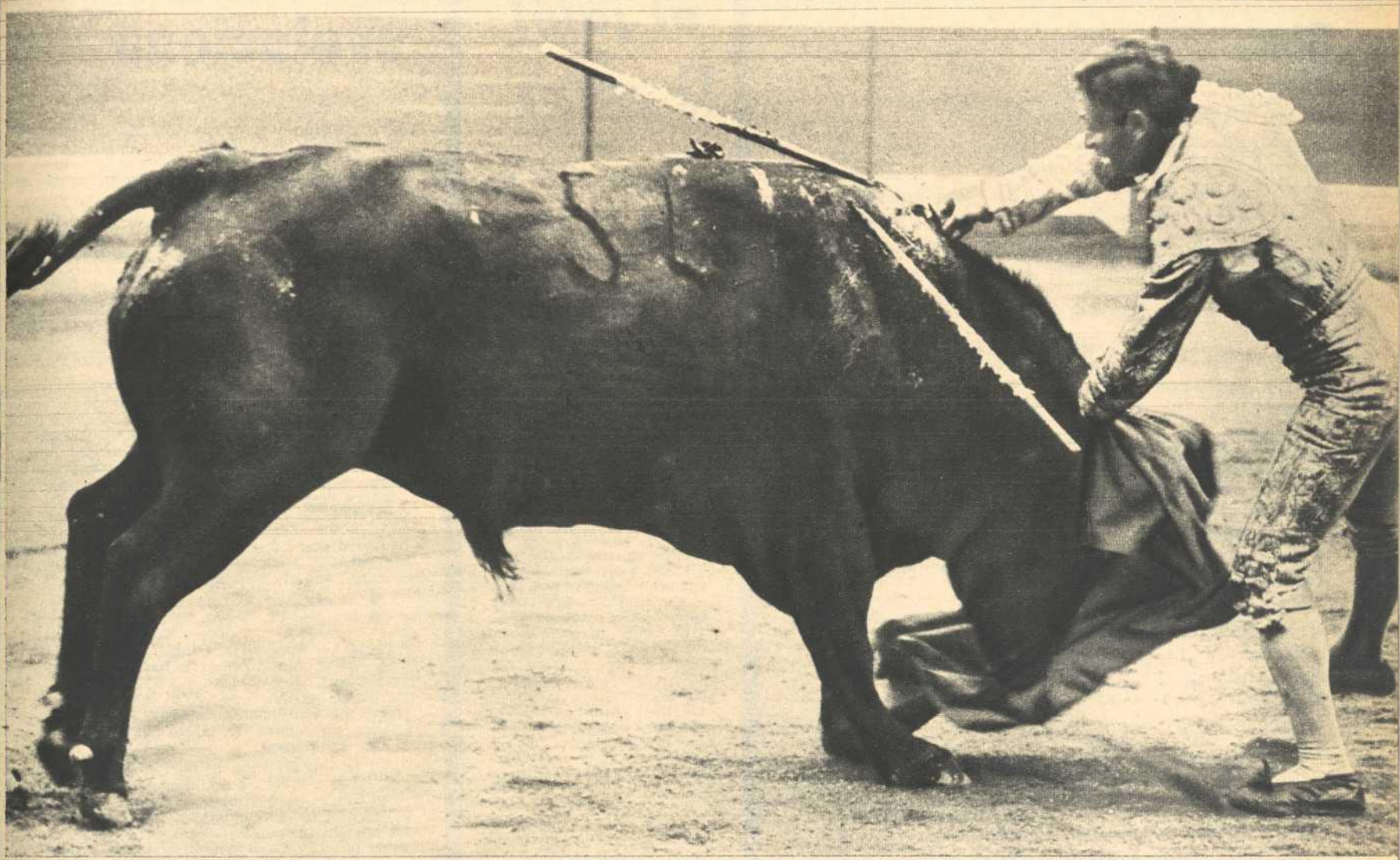


Andrés Vázquez y Antonio «Maravilla», con el torero colombiano Pepe Cáceres y el redactor de «La Opinión», de Cúcuta, Guillermo León Gutiérrez, reunidos para recibir la información de la final solución del incidente que pudo crear una situación crítica en las relaciones taurinas hispano-venezolanas



Adorno de Andrés Vázquez, después de gran faena y estocada, en Cali, a un toro cincheño de Carlos Núñez, al que cortó las dos orejas

"MATO MEJOR QUE NINGUNO"



«SOLO PARA HOMBRES... TAUROFILOS»

UN verso de Fernando Villalón y un cuadro de Honhenleiter hacen el elogio de esta Plaza altanera, repujada —piedra sobre piedra— en el paisaje que circuyen las sierras... Se asentó esta Plaza sobre el peñón hendido de un bello nombre. Camino de ella salta sobre el tajo el puente que causó la muerte de quien le dio vida con atrevida arquitectura de piedras sillares. Como el toreo de esa Plaza, hoy la Plaza no es más que arqueología. El verso atrevido de Fernando Villalón daba por creada la Plaza para toreros de entera moral masculina, secos, sin femeniles e inútiles jugueteos ante la muerte, afrontada en cabalístico círculo de piedra, bajo la redonda tapa de un cielo con mágico zodiaco, en el que tiembla un cruel destino de circo ibero, capaz de desafiar a los de Roma, afinado por un arte intuitivo que burla a la fuerza.

1700. Nace Francisco Romero. Se funda una dinastía. Juan Romero —su hijo— recoge las enseñanzas paternales, que van fijando el toreo a pie, y da al mundo y al arte a Pedro, José, Gaspar y Antonio Romero Martínez. Dos de los cuatro hermanos —Gaspar y Antonio— mueren en las astas del toro, en fecha cierta, uno; en incierta, otro. Y la primera dinastía de lidiadores paga este crecido tributo de sangre, que no perdonaría la muerte. Así, lejos de..., murieron estos nietos de don Francisco, el fundador.

Aquí, de visita, donde me encuentro, y contra estos estribos de piedra, tan altos, que son obstáculo mejor que defensa, dio su vida Curro Guillén, el sevillano alegre y ágil, torero de aquella Maestranza ancha, llana y riente, alzada en el Arenal.

Plaza de piedra, desolada, buen fondo para unas figuras del grande y gran don Ignacio Zuloaga. Piedras labradas por el viento recio, tajo tremendo por el que huye, asustado, el pequeño río; realidad formidable de unos accidentes orográficos que hay que estudiar muy bien para explicarse este otro fragoso y sangriento accidente que es el toreo en las costumbres de un país. Desde las piedras ásperas de... a las arenas fluviales de Sevilla, hay mucho trecho y mucho que entender. Al fin, despertamos en la realidad a que dos siglos nos han traído: hemos comparado el fondo angustioso, como de circo romano, con la barrera fácil para la burla, con la arena, tapiz de fiesta, que nos brinda la Plaza de Sevilla, ancha, blanca, con un juego de luces sobre sus caballetes de tejas vidriadas. Pero, acaso, a pesar de su evidente antigüedad, el triunfo sea de... ánima —¿en pena?— del toreo heroico, sin razón comercial, todo en los brazos, es decir: en el pecho. Aunque el toreo no había de quedar en la edad de piedra —ilustres piedras de...—, ellas habrían de ser su áspera médula.

Pide tu balconería
una Carmen cada palco...

Hoy, los palcos de... están sin sol y sin suelo, en doble desolación. Esta Plaza de toros merecía una anual peregrinación de los buenos aficionados, de los custodios de normas cada vez más olvidadas. Esta Plaza debía celebrar una corrida clásica, corrida de doctorado anual, que contratara los valores nuevos en prueba ruda ante estas piedras que van arruinándose bajo su cargo de sabiduría y tradición. Algo debía hacerse para devolver su lustre a esta arena, empapada por la sangre de Guillén en competencia de estilos... (Los italianos serían capaces de montar el negocio histórico más fabuloso del siglo, porque tienen mayor sensibilidad que nosotros y un extremado gusto práctico por las cosas de este mundo, y lo taurino les viene al pelo para un Renacimiento.)

Como siempre, alguien vendrá de fuera que atisbe la miopía casera, cuando resulte que sea de actualidad su principal puerta y su siglo XVIII y su estilo neoclásico y salgan en las revistas gráficas del universo su real corona y su balcón ancho de repujados hierros...

Entonces iremos a ver torear en Ronda como queremos ir a ver a Marbella.

R. FLOREZ

El ¡olé! y no el ¡olé!

EN el número 971 de EL RUEDO, don José C. Arévalo hace unas disquisiciones literarias sobre lo que él llama ¡olé de los toros!

¿De dónde viene este misterioso olé? Cuando uno se inclina sobre muchas claves españolismas y analiza su historia advierte que su raíz no es indígena, sino foránea. Así, por ejemplo, los típicos «pitos» (chasquidos con los dedos) del baile flamenco o las palmadas y golpeteo con los pies, lo encontramos en las Sagradas Escrituras. En el profeta Ezequiel, capítulo XXV, hallamos que Dios amenazó a los moabitas porque en los trabajos de su pueblo escogido se habían holgado demasiado, y a con «aplausos de manos», ya «chirriendo la tierra con el pie». Es decir, con un adelantado palmeteo y con un clásico zapateado andaluz.

Pues bien, algo de lo mismo le ocurre al típico ¡olé! español. Dos tesis existen para explicarlo.

La primera le entrea un perfil romano. Sabido es que Roma, a partir del cónsul Metelo apasionado del baile ibérico, escoge a nuestras bailarinas gaditanas para alegrar los banquetes dionisiacos que se celebraban junto al Tiber. Según esta teoría dichas danzarinas —entre las que sobresalió Telerusa, cantada por Marcos Aurelio Marcela— eran animadas en su trabajo por el grito invocativo del dios Baco; recuerdo, a su vez, de la exclamación con la que Júpiter animaba al alegre dios de los pámbanos cuando éste combatía con los gigantes. De forma que el clásico ¡Evohé! se convertiría, con el rodar de los siglos, en el castizo ¡Olé!

Existe otra tesis. Hace la que me inclino. La lei en la colección «Folklore andaluz», de principios de siglo. La sostenía en un rimbombante ensayo, como todos los suyos, el señor García Blanco. «¡Jolé!» —decía en la ficha, que transcribo, de mi archivo—, que los cultos llaman «hóle», proviene del hebreo «jolech», participio del verbo «jalah»: significa «subir».

En efecto, si caminamos por el Sur español y ponemos fino oído a la exclamación, en boca del pueblo, advertiremos que no grita ¡olé!, sino «¡Hóle!» o «¡jolé!», con una presencia de una «h» aspirada que coincide perfectamente con la adjudicación hebraica de la exclamación.

De forma que si en la Plaza de Madrid se grita ¡olé! no se hace más que adulterar una antigua exclamación, llena de estremecimientos históricos. Yo, andaluz, amigo de los libros y de los toros, del silencio de las bibliotecas y de la animación bullanguera de las tabernillas donde se debe el báquico vino, me quedo con el ¡olé!, el ¡olé! o el «hóle» que se escucha, bajo el toldo del cielo de abril, sobre el dorado círculo de la Maestranza de Sevilla.

R. MANZANO

PREGON DE TOROS

El traje de luces evoluciona

ESTA casaquilla torera no es de estos tiempos. Casi podríamos decir que no es de este mundo, porque fue del mundo taurino del siglo XIX, tan distinto, según nos dicen los testimonios escritos, del nuestro. Distinto hasta en la apariencia, en el peso y en la confección del traje de luces.

Parece que se va perdiendo peso en todo. Antes, los toros tenían más arrobas, las casaquillas más kilos y los estoques más gramos. Ahora, todo se aligera, y sobre todo la cartera de los aficionados.

Contempla uno esa casaquilla y se figura que son pocos los toreros actuales capaces de soportar peso semejante e incomodidad parecida al tiempo que lidian una res brava. Quizá se puede explicar la parquedad de gran parte de las faenas de antaño en la pesadez grande de esas casaquillas sobradas de adornos barrocos.

Es muy difícil imaginar a un Manuel González, por ejemplo, enfundado en tan monumental prenda. ¿Cómo podría imprimir gracia a sus naturales si, físicamente, no podía aspirar a más que a soportar el peso de tan imponente prenda? Posiblemente, el gran torero que fue Manolo González hubiera quedado en el anonimato en el siglo XIX por culpa de los trajes de luces al uso. Entonces, como ahora, el toreo era menester de hombres; pero, además, cosa que ahora no es absolutamente necesaria, de hombres atléticos. Esta casaquilla le hubiera ido de perlas a Mazzantini; pero la verdad es que ni tú ni yo, amigo lector, nos imaginamos a don Luis haciendo un quite por chicuelinas; esas despreciadas chicuelinas que tanto nos agradan cuando quien las ejecuta tiene gracia y salero taurinos.

Se ha estilizado el traje de luces, como se estilizaron los toros y los toreros. Un torero de un metro ochenta o más tiene que ser, en estos tiempos que vivimos, un artista excepcional para hacerse perdonar su presencia física. Ahora no se lucha con el toro y, por consiguiente, no hace falta una gran fortaleza física para torear. Ha cambiado el patrón humano y ha cambiado, como es natural, el modo de vestir de ese hombre, que precisa encontrarse a gusto, tener libertad de movimientos para ejecutar unas suertes imposibles de realizar embutido en unas prendas realmente acorazadas.

El hábito no hace el monje, es verdad; pero también lo es que, en el caso de los hombres que practican el quehacer de lidiar reses bravas, el monje, si no hace su hábito totalmente a su gusto, si procura acomodarlo a sus conveniencias. Somos testigos, los aficionados que ya vamos para viejos, de la evolución del traje de luces; evolución lentísima, tímida, pero indudablemente.

Siempre hubo toreros, con evidente disposición para el cultivo de las artes decorativas y con buen gusto envidiable, que dieron de lado el patrón al uso y procuraron que sus trajes de luces fueran distintos a los de sus compañeros en aquello que no podía ser tenido por innovación intolerable: en el bordado. Claro es que unos lo hicieron con acierto —y es preciso recordar el caso de Rafael Albacín— y otros cayeron en la sima de la cursilería dorada —y aquí no es preciso dar nombres—; pero unos y otros procuraron continuar la tradición sin menoscabo de sus gustos artísticos.

El traje de luces se ha aligerado mucho y, en ocasiones, se ha modificado, con evidente perjuicio para la armonía y la estética. Hubo unos años durante los cuales privó la horrorosa moda de las taleguillas largas hasta más de media pierna. Ahora parece que se tiende a colocar los machos en su verdadero sitio. Esperemos que se consiga, porque la verdad es que los toreros de pantalón largo solo nos parecen bien en la calle, cuando visten de corto, que es cuando van de largo, y en los cuadros de Zuloaga o de Gutiérrez Solana.

El traje de luces evoluciona, a nuestro parecer, muy lentamente y con excesivo respeto a lo tradicional. No creemos que los aficionados tuvieran nada que oponer a un traje de torear más sencillo, menos pesado y más flexible que el actual. Nada habría que oponer a un paseillo del que desaparecerían para siempre esos brazos rígidos —que parecen escayolados—, que ni siquiera pueden llevar el compás de la pieza que interprete la banda de música. No, no perdería nada la fiesta si se fueran introduciendo modificaciones en los trajes de luces y hasta en el conjunto de la figura del lidiador, siempre que estas modificaciones beneficiaran a los toreros y no perjudicaran a la estética.

Nosotros empezáramos por suprimir radicalmente la castañeta. ¿Para qué sirve la castañeta? ¿Puede alguien decir en serio que la castañeta es un adorno bello? Desaparecida la redondilla por superflua, y decretada, a partir de Juan Belmonte, la inutilidad de la coleta, la castañeta —inútil siempre— no está justificada en el atuendo torero por lo único que podía ser tenida en consideración, pues si algo llevan encima los lidiadores realmente feo, ese algo es la castañeta, absurda, fea y suponemos que inmoda.

Por fortuna, nada hay reglamentado con relación al traje de luces, y gracias a esto se ha podido pasar de la pesadísima casaquilla del pasado siglo a la actual. Podemos tener la esperanza de que de la actual se derive otra no menos bonita, pero más cómoda para los lidiadores, y que se llegue a la supresión de todo lo superfluo que no añada nada a la belleza, al colorido y al armónico conjunto del traje de luces.

Enriquezcamos los museos cuanto sea posible y preocupémonos de proporcionar comodidades a los toreros; hagamos lo posible para facilitar la labor de esos hombres que, muchas veces, exponen su vida solo por escuchar el tableteo embriagador de una ovación y que a veces solo reciben el agravio de nuestra indiferencia.

EJEANO

amos
urino
s es-
so y

s te-
más
e los
s los
codi-
ueda
o en
ba-

mplo,
mir
más
ente,
en el
uso,
pero,
nom-
zzan
nagi
des-
l's

zoros
que
para
on el
ísica
como
ncon-
unas
real-

o es
idiar
gus-
igos,
tra-
te,
ltivo
eron
uces
odia
o es
caso
lería
otros
stos

e ha
tica.
a de
reese
spe-
pan-
n de
oaga

men-
e los
más
abría
mpre-
uiera
a de
endo
o de
nefi-

fieta.
que
a por
tidad
cada
onsi-
feo,
inco-

ie de
cas-
ranza
más
todo
al ar-

émo-
posi-
eces.
or de
a in-

0



Fig. 11



Al gran torero madrileño, Julio
 Aparicio, en la pedruzca de mi retopografía
 con el afecto de mi paisano
 ANTONIO CHERO
 MADRID - 1963 -